



ESCRITORAS PERUANAS DE LO INSÓLITO

Antología de cuentos: siglos XX-XXI

CASA DE LA LITERATURA PERUANA

**ESCRITORAS PERUANAS
DE LO INSÓLITO**

Antología de cuentos: siglos XX-XXI

CASA DE LA LITERATURA PERUANA

Escritoras peruanas de lo insólito. Antología de cuentos: siglos XX-XXI

Primera edición digital, abril de 2023

- © De los textos, sus respectivas autoras
- © Ilustraciones: Paul Susanibar
- © Programa Educación Básica Para Todos para su sello Casa de la Literatura Peruana
Jirón Áncash 207, Centro Histórico de Lima +51.1.6155800, anexo 66860

publicaciones.casaliteratura@gmail.com

www.casadelaliteratura.gob.pe

Edición: Nicole Fadellin, Johanna Saavedra y Kevin Zavaleta

Diseño y diagramación: Jenny La Fuente

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2022-13133

ISBN 978-612-4456-34-3

Esta antología es una publicación del Círculo de Literatura Fantástica, club de lectura de la Casa de la Literatura Peruana. La selección estuvo a cargo de una comisión especial conformada por Ana Claudia Baltazar, Frank Bellodas, Vero Ferrari, Julio García, Chris Luza, Henry Magallanes, Yisela Marroquín, Richard Mozo, Sophie Mucha, Patricia Palpa, Renzo Rivas, Solángel Salvador y Óscar Sandoval.

Esta edición digital es de libre acceso y descarga gratuita, siempre que se cite la fuente.

Está prohibida su comercialización.

ÍNDICE

Prólogo	
Vero Ferrari, Johanna Saavedra y Renzo Rivas.....	06
CONSTRUCCIONES DEL MIEDO	15
Lastenia Larriva de Llona.....	17
<i>Cuento del sepulturero</i>	18
María Consuelo Villarán.....	25
<i>La aparición</i>	26
Yelinna Pulliti Carrasco.....	31
<i>El perro</i>	32
ASALTOS DE LO IMPOSIBLE.....	50
Sara María Larrabure	52
<i>Peligro</i>	53
Leyla Bartet.....	59
<i>De vacaciones</i>	60
Yeniva Fernández.....	67
<i>La pequeña compañía</i>	68
REESCRITURAS APOCALÍPTICAS.....	79
Adriana Alarco de Zadra.....	81
<i>Meteorito</i>	82
Tanya Tynjälä.....	85
<i>99</i>	86

PRÓLOGO

A lo largo de nuestra historia literaria, la obra de escritoras peruanas que se enmarcan dentro de lo insólito se ha visto relegada o no ha cobrado la importancia debida. La razón principal es que el canon nacional se ha erigido desde un modelo realista y patriarcal, el cual excluyó de su núcleo narrativas alternas, sobre todo las escritas por mujeres.

Durante mucho tiempo el panorama fue desalentador, pero en los últimos años han surgido iniciativas que buscan revalorar la producción de estas escritoras. Sumándose a estas propuestas, el Círculo de Literatura Fantástica, como club de lectura de la Casa de la Literatura Peruana, presenta *Escritoras peruanas de lo insólito. Antología de cuentos: siglos XX-XXI*, cuya publicación es el resultado de la selección de ocho relatos a partir de un corpus elaborado durante los dos primeros años de formación del Círculo.

Desde sus inicios, en mayo de 2020, el Círculo tiene como fin consolidarse en un espacio de encuentro para leer y dialogar en torno a las narrativas de lo insólito en América Latina. Hasta la fecha, el Círculo viene desarrollando seis ciclos de lectura, cuyos ejes temáticos

extienden el análisis a problemáticas sociales, contrario al carácter evasivo que se les suele otorgar a estas literaturas. De este modo, la reflexión sobre los monstruos fantásticos, los terrores cotidianos, las ficciones especulativas o algunos elementos del imaginario andino, por ejemplo, abordaron cuestionamientos críticos hacia la realidad actual.

En virtud de contribuir a la lectura, el estudio y la difusión de estas narrativas, la presente publicación digital busca reivindicar la producción de lo insólito escrito por mujeres en el Perú. Con ello traza un punto de partida para futuras revisiones¹ que persigan los mismos objetivos y, con total justicia, reconozcan el papel central, así como el aporte significativo de las autoras al desarrollo de estas literaturas; un campo del que aún falta mucho descubrir.

El heterogéneo panorama de lo insólito en la narrativa escrita por mujeres

La denominación de insólito puede resumirse en «todo aquello que resulta extraordinario. Lo que sale de lo común, lo inusual, lo fabuloso o lo inexplicable: lo que aspira a ir más allá de la realidad»². En el ámbito literario, esta terminología funciona como una macrocategoría que reúne diversas modalidades de lo no mimético como lo fantástico, lo maravilloso, el realismo mágico, la ciencia ficción y categorías transversales como el terror y el horror. Lo fundamental de estos registros es que, mediante distintos recursos lingüísticos y temáticos, subvierten la concepción hegemónica de la realidad, pues bien pueden desestabilizar sus bases lógicas o proponer mundos alternos o especulativos que no solo implanten sus propias leyes de funcionamiento, sino que expandan las conocidas debido a los avances científicos y tecnológicos.

Teniendo en cuenta el carácter transgresor de lo insólito, resulta congruente vincularlo con la escritura de mujeres, especialmente del contexto latinoamericano, tan convulso históricamente. En sus narrativas se hallan latentes los conflictos sociales, políticos, culturales y económicos que aquejan sus realidades cotidianas y que, muchas veces, se agudizan por

1 Algunas escritoras nacionales, de finales del XIX a la actualidad, que no figuran en esta antología y que deben tomarse en cuenta son Clorinda Matto de Turner, Angélica Palma, María Wiese, María Rosa Macedo, Carlota Carvallo, María Tellería Solari, Raquel Jodorowsky, Elena Portocarrero, Pilar Dughi, Viviana Mellet, Rocío Silva Santisteban, Kathy Serrano, Karina Pacheco, Claudia Salazar, Alina Gadea, Liliana Flores, Alejandra P. Demarini y Mirza Mendoza.

2 López-Pellisa, T. y Ruiz, R. (Eds.). *Insólitas. Narradoras de lo fantástico en Latinoamérica y España*. Madrid: Páginas de Espuma, 2019, p. xi.

cuestiones de género. Con retóricas, a menudo, descriptivas y gráficas, o también sostenidas en la indeterminación verbal, sus relatos son capaces de movilizar miedos colectivos desde el núcleo de lo familiar o lo desconocido, así como generar una serie de sensaciones inquietantes potenciadas por eventos inexplicables o extremos.

Sin embargo, lo disruptor no solo radica en la exposición de esa cara oculta de la sociedad que, al igual que lo siniestro, descubre aquellas zonas que deben reprimirse porque atentan contra el orden y la estabilidad cultural³, sino que, además de lo propuesto a nivel temático, sus narrativas estructuran mecanismos textuales que anuncian «lo indecible», es decir, lo que desborda los límites de lo posible a través del uso codificado del lenguaje. De este modo, la apropiación del lenguaje como instrumento de liberación y cuestionamiento de valores normativos es evidente. En ese sentido, una de las principales perspectivas de lectura de sus obras es la feminista, aquella donde se socavan esquemas esencialistas del deber ser femenino impuestos por el orden patriarcal en un mundo ficcional donde el paradigma de realidad, mencionado anteriormente, se ha fracturado o ampliado.

La crítica actual ha rescatado el protagonismo de las llamadas literaturas de la irrealidad en el ámbito latinoamericano. En paralelo, ha señalado, más puntualmente, el auge de escritoras que cultivan estas modalidades y que, al hacerlo, no solo ayudan a reafirmar la tradición de estas narrativas, sino que renuevan su poética. Sus obras destacan por la reescritura de temas y motivos clásicos, la experimentación con el uso del lenguaje o la hibridez genérica. Estas aproximaciones, a su vez, motivan la formulación de nuevas categorías de análisis que las estudian como «narrativas de lo inusual» o del «descontento realista»⁴, lo cual demuestra el interés vigente que reciben y que no solo obedece a un fenómeno de mercado editorial, sino al trabajo intelectual y comprometido de diferentes actores sociales que las investigan y visibilizan.

En el ámbito peruano, el momento también es bastante propicio: rescates literarios, proyectos editoriales, publicaciones y estudios académicos, clubes de lectura, congresos, conversatorios y eventos que fomentan la valoración histórica y actual de las escritoras y

3 Jackson, R. *Fantasy, the literature of subversion*. Nueva York: New Accents, 1981.

4 Alemany, C. «Narrar lo inusual: *Bestiaria vida* de Cecilia Eudave y *El animal sobre la piedra* de Daniela Tarazona». En *Romance Notes* 56(1), 2016, pp. 131–141; Amatto, A. «Transculturación el debate. Los desafíos de la crítica literaria latinoamericana actual en dos escritoras: Mariana Enriquez y Liliana Colanzi». En *Valenciana*, 13(26), 2020, pp. 207-230.

sus obras así lo sustentan⁵. La presente antología es una muestra de ello y, específicamente, de la tradición cuentística que ha sido la vía de expresión predilecta para el cultivo de estos registros. El corpus reúne algunas de las voces narrativas más representativas y prolíficas de la escena nacional, pues evidencian su producción continua en distintos medios, que van desde publicaciones en antologías, revistas, *blogs* o relatos de corte fantástico-terrorífico-extraño incluidos en libros de cuentos de tonalidades realistas (Larriva, *Cuentos*, 1919; Larrabure, *La escoba en el escotillón*, 1954), hasta los que poseen, exclusivamente, una unidad genérica basada en modalidades de lo insólito, como son los casos de Villarán (*Historias de terror I y II*, 2009) o Fernández (*Siete paseos por la niebla*, 2015).

Como se ha indicado anteriormente, la presente antología está compuesta por ocho cuentos que recorren el heterogéneo panorama de lo insólito dentro de la narrativa escrita por mujeres en el Perú. En el interior de este corpus se observa una variedad de temas, mecanismos textuales y propuestas estéticas e ideológicas que se articulan justamente a partir de distintas aproximaciones a las modalidades y géneros del registro no mimético. Para organizar mejor este conjunto, los textos se han clasificado dentro de tres categorías, las cuales permiten trazar puntos de convergencia entre las diferentes obras, así como promover el diálogo con la tradición de las literaturas de lo insólito.

Construcciones del miedo

En esta sección se hallan los cuentos relacionados con las modalidades literarias del terror y del horror. En las narraciones se presentan amenazas inmediatas para los personajes y situaciones que se pueden relacionar con la experiencia de lo sublime (terror) o relatos en los que la causa de la perturbación se encuentra menos definida y puede llevar a la disolución de

⁵ Considérese, por ejemplo, el rescate literario de *Cuentos* de Lastenia Larriva (1919), que se reeditó gracias al Programa de Estímulos Económicos del Ministerio de Cultura y al investigador José Donayre Hoefken; las antologías *Ucrónica. Rutas alternativas a la realidad* (2021) y *El día que regresemos* (2020) de la editorial Pandemonium; o las investigaciones de Audrey Louyer («Las cuentistas de la literatura fantástica peruana en el siglo XXI: resurrecciones e insurrecciones», *Brumal* 9[1], pp. 87-107) y Rocío Quispe-Agnoli («El espejismo de lo imposible: ficción especulativa y parcialidad de géneros en la literatura peruana», *XIII Coloquio de estudiantes de literatura de la UNFV*, 2021).

las identidades, así como a sensaciones intensas como la repugnancia y la aversión (horror)⁶. Son textos que provocan miedo e inquietud en los lectores. Asimismo, en ellos, como observó Elton Honores en su estudio sobre este tipo de relatos, «se refractan los miedos colectivos e históricos de la sociedad peruana»⁷. Los tres cuentos seleccionados indagan así entre las sombras de la nación y exploran distintos escenarios de pesadilla.

«Cuento del sepulturero», de Lastenia Larriva de Llona, es una ficción que utiliza motivos relacionados con lo gótico, como el cementerio y los espectros, para desarrollar una historia con un final aleccionador sobre el amor maternal y la predisposición de los deudos para seguir con sus vidas. Mediante el uso de un relato enmarcado y una sensibilidad de influencia romántica, la irrupción de lo sobrenatural en el cuento se plantea a partir de lo que cuenta el sepulturero Lorenzo y queda así la duda sobre si esos sucesos acontecieron realmente o si son producto de una «imaginación enfermiza». Dicha ambigüedad resulta muy significativa, así como las descripciones y atmósfera fúnebre que Larriva llega a conjurar con solvencia narrativa.

«La aparición», de María Consuelo Villarán, instala la amenaza sobrenatural dentro del espacio doméstico a través de la presencia de una anciana con rasgos de espectro, demonio y/o ser vampírico. Mientras que su esposo se encuentra trabajando en la fábrica, Clorinda es asediada por aquella aparición, la cual también inquieta a su pequeña hija. La casa, al llegar la noche, se transforma así en un espacio ominoso en el que ni la madre ni su hija están seguras, incluso cuando el padre de familia se encuentra presente. La representación de los roles de género en el relato permite reflexionar sobre la subordinación de la mujer dentro de aquel espacio opresivo, al que el esposo solo viene para ser alimentado y descansar. Además, el que el ser monstruoso tenga las características de una anciana –que repite el siniestro pedido: «Dame un pan»– motiva diversas interpretaciones, sin resolución, lo cual se ve potenciado por la dosificación de los detalles terroríficos que se van acumulando en el relato.

«El perro», de Yelinna Pulliti, cierra esta sección de la antología con un cuento que trabaja el tema del delirio frente a lo sublime, así como el temor hacia la violencia contra el cuerpo, esto último encarnado en un agente bastante específico: un enorme perro de pelaje oscuro y apariencia feroz. Cuando Angello se queda varado en un lugar remoto y tiene que

6 Botting, F. «Fear». En *The Handbook of Gothic Literature*. Mulvey-Roberts, Marie (editora). Londres: Macmillan Press, 1998, pp. 123-124.

7 Honores, E. *La civilización del horror. El relato del terror en el Perú*. Lima: El lampero Alucinado, 2013, p. 13.

desplazarse durante la noche, se enfrenta a la inmensidad de la llanura y el efecto de dicho contacto lo lleva a creerse víctima «de una cruel confabulación perpetrada por todos los elementos de los que dispone el Universo para hacer el mal». El desequilibrio en el que cae parece atenuarse luego de encontrar la casa de Oskar, quien era la única otra persona en ese lugar desolado, pero la presencia atemorizante del perro Tadeo termina por conducirlo al quiebre total de su subjetividad. El terror se articula así tanto por el miedo frente a la amenaza contra la integridad física de Angello por parte del perro como porque este animal parece representar la existencia de una dimensión inquietante e inaprensible. El final ambiguo y extraño del cuento de Pulliti, en el que se sugiere tanto la locura del protagonista como la presencia de una realidad otra, sintetiza bien la atmósfera espeluznante que se compone a lo largo de toda la historia.

Asaltos de lo imposible

En esta sección se exploran distintos acercamientos a lo fantástico, así como los límites inestables dentro de su heterogénea articulación. Según lo planteado por David Roas, la narrativa fantástica «sustituye la familiaridad por lo extraño, nos sitúa inicialmente en un mundo cotidiano, normal (equiparable con el nuestro), que inmediatamente es asaltado por un fenómeno imposible –y, como tal, incomprensible– que subvierte los códigos –las certezas– que hemos diseñado para percibir y comprender la realidad»⁸. Así, como señala Alejandra Amatto, se trata del «género por excelencia de la transgresión», pues interroga y subvierte «el mundo en el que vivimos a través de procedimientos textuales que desafían nuestro paradigma de realidad y, con ello, cuestionan la posibilidad de explicarla»⁹. De esta manera, en los tres cuentos de esta sección se encontrarán diferentes formas de poner en tensión las fronteras entre lo posible y lo imposible, para así transgredir los parámetros epistemológicos y motivar la reflexión crítica sobre distintas temáticas.

En «Peligro», de Sara María Larrabure, se relata el tránsito hacia el terreno de lo insólito mediante el avance progresivo de la narradora por un túnel oscuro que sirve como un umbral sobre el que se proyectan sus ansias de escape a un lugar «donde no hubiese castigos ni exigencias». La posibilidad de llegar a «un país encantado» al final del recorrido motiva a la

8 Roas, D. *Tras los límites de lo real. Una definición de lo fantástico*. Madrid: Páginas de Espuma, 2011, p. 14.

9 Amatto, A. «Transculturación del debate», p. 218.

protagonista a seguir adelante, a pesar de que se le desgarre la vestimenta y de que sea herida por las ramas. No obstante, la aventura se torna siniestra al hallar signos de crueldad en su trayecto, lo que desemboca en el encuentro con un ser monstruoso al que debe acometer. El énfasis que se le da a la experiencia sensorial de la protagonista sostiene la narrativa, lo que hace que el contacto con aquel ser reptiliano, entre cuyos restos se insinúa también una monstruosidad más «humana», siembre la incertidumbre acerca de cómo interpretar el entrecruzamiento entre lo real y lo irreal dentro del cuento de Larrabure.

«De vacaciones», de Leyla Bartet, propone la alteración del orden familiar de Tito, cuya cotidianidad se ve amenazada por influencia de un personaje cuyo nombre y características remiten al dominio de lo demoníaco. De esta forma, la armonía de aquella familia durante sus vacaciones de verano en una casa de campo se verá trastocada poco a poco hasta acontecer un siniestro acto de violencia que se percibe sobre todo a partir de sus terribles efectos en la víctima. Mediante el uso de una voz narrativa que participa del plano de la diégesis, pero cuya identidad no se explicita hasta el final del cuento, se establece una atmósfera de desazón, y la revelación de una serie de abusos de connotación sexual a partir del recurso de lo fantástico provoca la ruptura del paradigma de realidad.

«La pequeña compañía», de Yeniva Fernández, cierra esta parte de la antología con un cuento en el que se va construyendo una atmósfera terrorífica a partir de una cadena de malos presagios que desembocan en un final oscuro y con gran dosis de ambigüedad. La narración sigue la perspectiva de Gonzalo Terreros, un personaje privilegiado tanto en su condición de clase como de género, cuya visión idealizada sobre la hacienda de sus abuelos comenzará a ser cuestionada luego de que su hija entre en contacto con una entidad siniestra. El pase de un *locus amoenus* a un *locus terribilis* se estructura hábilmente para representar cómo es que el protagonista descubre el lado obscuro de su herencia familiar, la cual se vincula con la historia de violencia colonial de la época de las haciendas en el Perú. De esta manera, en el relato de Fernández se perturban los límites de lo real para manifestar el lado oculto de la cultura: en este caso, el legado traumático de la desigualdad social en la zona andina del país.

Reescrituras apocalípticas

En la última sección de la antología se presentan dos cuentos relacionados con la ciencia ficción, en los que se observa la reformulación de dos ejes temáticos importantes en el género: la preservación y la alteridad. Como plantea Elton Honores, los elementos identificadores de la ciencia ficción son el tiempo «como categoría fundamental para proyectar un futuro posible», «[l]a presencia de la tecnología aplicada a la vida cotidiana», la irrupción de la otredad (encarnada por medio de seres «como extraterrestres, alienígenas, robots, cíborgs,

mutantes o zombis, entre los más recurrentes») y la representación de universos distópicos (en donde «la disolución del sujeto está latente, al igual que la destrucción de la civilización humana y de las formas sociales establecidas»)¹⁰. Como se comprobará, varios de estos aspectos se intersectan de forma distinta y novedosa en los relatos seleccionados, para así expresar ansiedades muy contemporáneas sobre el futuro de nuestra sociedad.

En «Meteorito» de Adriana Alarco de Zadra, un ser de otro planeta llega a la Tierra en una roca espacial y comienza a desarrollarse: pasa así de ser una espora a una «mancha amorfa» que crece y asimila lo que encuentra a su alrededor. Con una historia que remite tanto a «The Colour out of Space» de H. P. Lovecraft como a la película *The Blob*, aunque con una narración mucho más cercana a la perspectiva de la alteridad alienígena, se explora el proceso de evolución biológica y afán de supervivencia de aquella criatura que se intuye a sí misma como el único espécimen que queda de su especie. Para ello se describen sus percepciones del mundo exterior y se indaga en el progresivo desarrollo de su conciencia, la que está motivada por su deseo de autopreservación. La forma en la que esta criatura se transforma gradualmente en una amenaza para su entorno se remarca al final del cuento, presentando con ambivalencia la tensión entre el miedo al otro y una crítica al dominio antropocéntrico del mundo.

Por último, en «99» de Tanya Tynjälä se plantea una relectura del apocalipsis zombi que va más allá del abuso que este escenario ha tenido dentro de la industria cultural contemporánea, para así reflexionar con ingenio sobre cómo se construyen las barreras entre «nosotros» y los «otros». El relato se desarrolla con mucha agilidad: comienza con la presentación gradual del fenómeno social provocado por los efectos de un virus, pero luego se enfoca en la desintegración de la familia de la narradora y en cómo es que ella nota la paulatina deshumanización de su comunidad. Se presenta el tópico del miedo hacia el contagio viral, pero lo que resulta novedoso es el giro que se le da a la figura del zombi: en vez de ser antropofágico y agresivo, lo que perturba más sobre los «infectados» en el cuento, además de su olor y descomposición corporal, es su alto grado de vulnerabilidad y su hambre sin límites. Frente a ello, el afán de preservación del orden social hegemónico motiva la exclusión y exterminio de la alteridad con las medidas propias de una «tanatopolítica». De esta manera, el cuento de Tynjälä concluye con la culpa que siente la protagonista y con la pertinente exploración de las tensiones entre una lógica pragmática que atenta contra la mayoría de la población y la ética humanitaria.

10 Honores, E. *Noticias del futuro. Antología del cuento de ciencia ficción peruano del siglo XXI*. Lima: Ediciones Altazor, 2019, pp. 13-15.

Debido al heterogéneo panorama de lo insólito, sobre todo en la narrativa escrita por mujeres, cabe destacar las limitaciones ante cualquier intento de clasificación o agrupación que pretenda restringirlas bajo un solo dominio genérico. De esta manera, hay cuentos como «De vacaciones», «La pequeña compañía» y «El perro», que combinan elementos de lo fantástico, del terror y lo siniestro. Ejemplos, como los expuestos, trazan puntos en común que se refuerzan también por las temáticas reiterativas entre los distintos apartados: la irrupción o amenaza de la alteridad, la disolución del sujeto, la desarticulación de la familia, la infancia violentada y el rol de la mujer dentro de la sociedad.

Como se mencionó, la representación del sujeto femenino es un tema recurrente. Asociado habitualmente a convencionalismos que le adjudican un rol pasivo dentro de las esferas de lo doméstico o la naturaleza, muestras como esta antología buscan trascender estas nociones. Los personajes ficcionales –no solo mujeres– y la habilidad y experimentación narrativa de sus autoras rompen con estos prejuicios. El reto consiste, entonces, en abrir nuevos caminos de lectura que no subestimen sus obras y, sobre todo, confronten las lecturas escapistas de la literatura no mimética. Los relatos seleccionados, algunos de los cuales parten de la subjetividad femenina o de una referencia al ámbito nacional, indagan en problemas sociales, políticos y éticos a los que todas y todos debemos responder.

Vero Ferrari
Johanna Saavedra
Renzo Rivas

CONSTRUCCIONES
DEL MIEDO



LASTENIA LARRIVA DE LLONA

(Lima, 1848-1924)

Escritora y periodista. Perteneció a la primera generación ilustrada de mujeres en el Perú. En 1887, durante una estadía en Guayaquil, fundó el periódico semanario *El tesoro del hogar* y, entre 1910 y 1911, ya en Arequipa, editó el periódico quincenario *Arequipa Ilustrada*. Publicó las novelas *Un drama singular, historia de una familia* (1888), *Pro Patria, Respuesta al Romance «Sucre» de José Antonio Calcaño* (1890) y los poemarios *La Ciencia y la Fe* (1889) y *Fe, patria y hogar* (1902). Su obra más emblemática es *Cuentos* (1919), que es considerado el primer libro de cuentos publicado por una autora peruana. Contiene catorce relatos, entre los que destacan, por el atisbo de lo sobrenatural, «Misterio», «Inexplicable», «El niño Jesús de Teodoro» y el relato antologado. El libro fue reeditado en 2019, a cien años de su creación, por el investigador José Donayre bajo el sello de Maquinaciones Narrativa.

CUENTO DEL SEPULTURERO

—¿La muerte es un bien?

—¿La muerte es un mal?

—La muerte es el peor de los males.

—¿Para quién? ¿Para el que muere? ¿Para los que sobreviven?

—Para el que deja por siempre esta vida, que por mucho que en contra de ella se diga es siempre amable.

—Para los que aquí se quedan, si el que ha muerto era muy amado de ellos.

—De la muerte del ser más querido se consuelan todos, más pronto o más tarde.

—Es sabia ley de la naturaleza.

—Sin embargo, se dan casos...

—Cuando existe o sobreviene un desequilibrio mental, las personas de cerebro bien organizado se consuelan siempre.

—¿Es eso un elogio o un reproche?

—Ni una ni otra cosa. Es simplemente hacer constar un hecho.

—¿No cree usted que hay muchas personas que desearían ardientemente que resucitaran sus deudos, a ser esto posible?

—No, no lo creo.

—¡Escéptico!

—¡Este hombre es terrible!

—Desengáñense ustedes: bien están los muertos en sus tumbas.

—¿Se ha muerto usted alguna vez?

—Todavía no, pero para cuando llegue el caso no quiero resucitar. Afortunadamente, no anda ya Nuestro Señor por el mundo, pues no desearía ser un nuevo Lázaro.

—Porque no es usted casado...

—Porque no tiene usted hijos...

—Porque no tiene usted madre...

—Porque no tengo madre: eso es. Solo los que tienen madre pueden volver a la vida con la esperanza de ser bien recibidos.

—Según eso, ¿no cree usted en el amor de los hermanos, ni en el de los hijos, ni en el de las esposas más allá de la tumba?

—En lo que no creo es en el deseo sincero y ardiente de los vivos, de que vuelvan los que les dieron su eterna despedida sobre todo pasados los primeros días de agudo dolor. Y aun me atrevo a afirmar una cosa, y es que si los muertos resucitados no serían bien recibidos, debería ser esto no solo a la falta de amor de sus deudos, sino, en muchos casos, a la falta de merecimientos de aquellos.

—Sí, tratándose de los malos...

—Y también de los que pasaron por buenos, de los muy llorados...

—¡Hombre!, pero si han sido muy llorados... A menos que después de llorar una mujer a su marido, por ejemplo, venga a notar los defectos de que adolecía.

—Exactamente.

—Sin embargo, lo que por lo general se observa es que se elogia a todos los muertos hasta la exageración.

—Signo de cobardía social; de la debilidad humana, en general. Además, por malos que hayan sido con nosotros los que ya no existen, puesto que la muerte nos vengó de ellos, ya nada nos cuesta el elogiarlos. ¡Si a tan poca costa nos hubiéramos de librar de todos nuestros enemigos, no se cansaría nuestra lengua de cantar sus alabanzas en hiperbólicas necrologías! Y, a propósito, sé un cuentecillo.

—¡Pues a contarlo, a contarlo!

—Escuchadme.

Todos los que de sobremesa sostenían esta conversación filosófico-psicológica y que habían escuchado con creciente interés a aquel de ellos que con sus apreciaciones daba muestra de mayor pesimismo, le miraron con curiosidad, y se le aproximaron, dispuestos a no perder una sílaba del relato que ya parecía palpar en sus labios.

Él, sin disimular esa satisfacción que produce siempre en el ánimo del que habla tener atento auditorio, comenzó así:

—El sepulturero de mi pueblo era un ser original. Ejercía su lúgubre oficio desde antes de que yo naciera y, a pesar de dicho oficio y de las rarezas de su carácter, que eran inofensivas, todos le querían en el lugar. Era yo, de chiquillo, uno de sus predilectos amigos, tal vez porque me hallaba siempre dispuesto a escuchar sus extrañas historias, que a menudo tenían origen en las alucinaciones que padecía.

Era un hombre que, en medio de sus extravagancias, no carecía de cierta cultura y, por lo tanto, no pude explicarme nunca, ni me explico hoy mismo, el porqué había elegido, o aceptado el poco envidiable empleo que desempeñaba. Indudablemente era esta una prueba de que su cerebro no era normal.

Ya he dicho que sus cuentos me divertían, y, después de mis largos paseos, solía entrar a hacerle compañía por un buen rato en esa silenciosa ciudad de que era guardián.

En una hermosa tarde —era ya yo un adolescente—, sentados ambos sobre una tumba, a la sombra de los cipreses y de cara al sol poniente, cuyos rayos ya casi horizontales doraban las enhiestas cimas de esos árboles amigos y compañeros de los muertos, me contó la macabra escena que había presenciado la noche anterior, y, aunque comprendí yo que era solo producto de su imaginación enfermiza, me causó su relato tan honda impresión que jamás se ha borrado de mi memoria.

Debo advertiros, antes de dejarle a él la palabra, que Lorenzo —este era su nombre— estaba tan familiarizado con sus muertos, que solía dormir entre ellos, ya junto a una sepultura, ya junto a otra, en cualquiera de las fúnebres avenidas en que le tomaba la hora del descanso.

Y ahora, oíd su historia que, como os he dicho ya, tengo tan presente, que creo podré repetíroslo sin quitar ni añadir palabra.

—¡Día muy agitado fue el de ayer, como que estuvimos a dos de noviembre. La noche, sobre todo la noche, ha sido terrible para mí.

Así comenzó él. Yo le invité a que siguiera y no volví a interrumpirle hasta que concluyó.

—Las visitas que habían recibido mis huéspedes —prosiguió, refiriéndose a los muertos— los tenían inquietos y malhumorados. Su reposo había sido turbado y no podían recuperarlo. Las protestas de cariño eterno que a través de la losa sepulcral habían escuchado de parientes y amigos, [así como] las lágrimas que se habían filtrado por los intersticios de las lápidas, habían hecho renacer en ellos el deseo de la vida y de aquí que prorumpieran en clamorosos ayes y que los más ardientes ruegos al Todopoderoso turbaran el acostumbrado silencio de estos lugares.

Al principio hablaban y se quejaban cada uno aisladamente dentro de su tumba, después comenzaron a comunicar sus impresiones.

Primero fueron monólogos, en seguida diálogos.

—¡Mis pobres hijos! ¡Cuánto han llorado hoy! ¡Y que no me sea permitido ir a enjugar su llanto!

—¡Mi mujer! ¡Mi inconsolable esposa! ¡Si el Señor me concediera la gracia de que fuera a hacerle una visita!

—Yo no tenía más que a mi hija —gritaba una voz femenina—. Solas, desamparadas, trabajábamos juntas para vivir. ¿Qué será de ella desde que le faltó? ¡Señor, Señor, muy cruel ha sido tu decreto! ¡Haz que vuelva a la vida, para el consuelo de la hija de mis entrañas!

—Vosotros todos habéis cumplido vuestra misión en la tierra —sollozaba otra voz de mujer—, pero yo, ¡yo que he muerto a los dieciocho años!... ¡Yo que he dejado a mi novio en la más horrible desesperación!... ¡Yo soy la que tengo el derecho de reclamar unos años más de existencia!

—Todos queremos volver a la vida.

—Todos.

—Todos —gritaron muchas voces a la vez.

El Ángel de la Muerte, ese bello Ángel de la Muerte que se yergue sobre su hermoso pedestal en medio de la gran avenida, se volvió lentamente hacia los sepulcros de donde salían las quejas. Separó de sus labios el dedo que sobre ellos tiene la actitud de imponer silencio, y se oyeron estas frases solemnes, que resonaron con eco pavoroso en medio de la noche, en la fúnebre mansión:

—El Dios de la Eternidad, el Dios uno y trino, permite volver a tomar la forma humana a todos los que así lo deseen, pero a condición de que solo permanecerán bajo ella los que sean bien recibidos por sus deudos. Los demás volverán aquí, para caer de nuevo en sus sepulcros. La prueba ha de hacerse esta misma noche. Levantaos y andad.

Se hizo otra vez el silencio y recobró el Ángel de piedra su inmovilidad acostumbrada.

Comenzaron a abrirse los sepulcros.

En sus bocas tenebrosas fueron apareciendo sus habitantes. Despojándose rápidamente del sudario, los esqueletos tomaban sus antiguas formas.

En este momento asomó la luna su faz plateada por entre los altos cipreses. Su luz pálida y misteriosa fue a reflejarse sobre el mármol de las tumbas, dándoles un aspecto fantástico.

De esta salía un viejo de figura venerable; de la de más allá, un hombre en la fuerza de la edad, gallardo y simpático. Ya aparecía una anciana caduca; ya una bellísima adolescente. Y también figuras repelentes, hombres y mujeres marcados con el sello de los vicios y de las pasiones más repugnantes. Vi a uno, sobre todo, un mocetón, hasta de unos veinticinco años, con la fisonomía más repulsiva que darse pueda. Tenía una expresión bestial, si expresión puede llamarse a la revelación, por medio de innobles gestos, de los más perversos instintos de que es capaz el alma humana. Había sido un beodo consuetudinario, un ebrio impulsivo que maltrataba a diario a su propia madre y que, tal vez en castigo de su infame conducta, fue asesinado una noche en una orgía.

Todos en larga hilera, en no interrumpida procesión, caminando con cierta rigidez cadavérica, comenzaron a desfilar por delante del Ángel de la Muerte, y a cada paso que daban iba aumentando su número.

Era el éxodo de los muertos.

Pronto se perdieron por las calles que hacia afuera de esta triste mansión conducen.

Atónito yo, ante semejante despoblamiento, alcé los ojos asombrados hacia el Ángel de la Muerte, autor inmediato del desconcierto.

Volvieron a moverse sus labios pétreos.

—No tardarán en regresar a este recinto —dijo, contestando a mi muda interrogación— porque no hallarán quien los reciba de buena voluntad.

—¿Y todos esos que vienen a llorar ante sus tumbas, todos esos que traen flores y tarjetas? —me atreví a preguntar— ¿Mienten todos? ¿Fingen un dolor que no sienten?

—Sobre eso habría mucho que decir. Algunos lo sienten verdaderamente, otros no. Pero entre estos últimos se encuentran muchos a quienes no puede tachárseles de hipócritas, sin embargo. Maridos y mujeres hay que muestran un gran dolor por la muerte de sus respectivos cónyuges, y este sentimiento que aparentan no es una hipocresía sino una generosidad que va más allá de la tumba. Fueron infelices en su matrimonio y no quieren confesarlo después de muerto aquel o aquella que fue su verdugo, sino que siguen ocultándolo, como lo ocultaron mientras vivió. Es una especie de pudor y, como tal, digno de respeto.

A la verdad —continuó diciendo el sepulturero—, no sé si todo esto me lo dijo real y efectivamente el Ángel de la Muerte o me lo sugirió mi propia imaginación —extraordinariamente

exaltada en esos momentos por las excepcionales circunstancias—, pero el hecho es que yo obtuve la respuesta a mis dudas de un modo claro y preciso.

Vibraban aún en mis oídos las últimas frases de ella, cuando vi que avanzaba hacia nosotros el mismo compacto grupo de personas que había salido del cementerio pocos momentos antes. Ya estaba de regreso.

A la cabeza del grupo venía el anciano y caminaba con tal celeridad, que claramente demostraba que más prisa tenía por volver a su antiguo reposo, que la que había tenido por abandonarlo.

—¡He visto a mis hijos! —gritaba—. Desde que yo faltó, se han casado los tres. Se repartieron mi fortuna, y cada cual vive feliz. He ido a las tres casas y los he visto sin que me vieran ellos. No me rechazarían, probablemente, pero no les hago falta. Sus mujeres, que no me han conocido, no tienen por qué amarme. A sus hijos, que no me han visto jamás, tal vez les inspiraría miedo mi semblante adusto y lleno de arrugas. He regresado presuroso: bien me estoy en mi tumba.

—Yo he visto a mi mujer —dijo el que seguía, que era el apuesto joven—. ¡Ojalá no hubiera salido de mi ataúd! No vive ahora con el lujo a que yo la tenía acostumbrada. En un humilde cuarto estaba y todos nuestros hijos dormían apaciblemente en la misma estancia. Ella velaba y cosía. De cuando en cuando caía de sus cansados ojos una lágrima que iba a perderse en la tela en que trabajaban sus enflaquecidas manos. Pensé que lloraba por mí y ya iba a revelarle mi presencia cuando por su frente blanca y pura como su conciencia, vi pasar sus pensamientos y he aquí lo que en ellos leí:

—¡Déjame llorar de gratitud, Dios mío! Mucho amé a mi Alfonso, mucho sentí su muerte, pero hoy comprendo tu misericordia infinita al decretarla y te doy gracias desde lo íntimo de mi alma. Ahora me doy cuenta de que se hallaba él al borde de horrible abismo, del abismo de los vicios, y de que allí se habría sepultado irremisiblemente a haber vivido algún tiempo más, y mis pobres e inocentes hijos, que hoy veneran su memoria, habrían quedado deshonorados y aún, quizás, hubieran seguido sus funestos ejemplos. ¡Gracias, Señor, gracias! Mucho le amé, pero tu sabiduría admiro y tu misericordia alabo!

Y de un salto, se hundió de nuevo el mozo en su abierto sepulcro.

—¡Es más dichosa que cuando yo vivía! —venía diciendo la viejecita, entre sollozos desgarradores—. ¿Cómo no adiviné que se sacrificaba por mí? ¡Se ha casado! Estaba enamorada desde que yo existía, pero ocultaba su amor por no abandonarme, ni despertar los celos de mi cariño. Su marido es pobre, pero la hace dichosa. ¿Para qué había de presentármelo? No me necesita. Vuelvo a ponerme mi sudario.

—¡A la tumba! ¡A la tumba! —gritaba la bella adolescente, que en pos de los otros venía—. Creí encontrar desesperado a mi novio —prosiguió vertiendo abundantes lágrimas—, a mi novio, que aseguraba morir si yo le faltaba, ¡y le encuentro jurando amor eterno a su nueva futura! ¡A la tumba!

—¿Así es que volvéis completos? —preguntó con su voz grave, pero en la que se advertía cierto acento irónico, el Ángel de la Muerte.

—No todos: se ha quedado uno —contestó el último de los del grupo que había emigrado de esta mansión de la paz.

—¿Cuál?

—Santiago, aquel que fue asesinado en una orgía: el que golpeaba a su madre.

—¿Y quién le recibió?

—Ella. Apenas le vio, se abalanzó hacia él, abrazándolo tan fuertemente que no habría sido posible arrancarle de sus brazos. Ni él lo pretendió. ¡Hay diferencia entre el duro y frío ataúd y los amorosos brazos de una madre!

Calló Lorenzo, y yo callo también —concluyó el narrador—. ¿No os parece que tuve razón al decir que solo los que tienen madre pueden resucitar?

De: *Cuentos* (2019) [1919]

MARÍA CONSUELO VILLARÁN

(Lima, 1930-2009)

Docente y escritora. Desde su infancia, vivió en contacto con lo sobrenatural, motivo por el cual, a lo largo de su vida, recopiló diversos relatos de terror acerca de fantasmas, aparecidos, brujas, entre otros seres de la cultura popular. Contó con un gran acervo documental sobre ellos. Promovió el rescate e investigación de estas tradiciones orales. Durante su trayectoria literaria publicó *Fantasmas: apariciones en el Perú* (2006), que, años después, se amplió en los volúmenes titulados *Historias de terror I y II* (2009). En 2018, la editorial Casa de Cartón publicó sus libros *Cuentos de horror en la ciudad* y *Cuentos de horror del campo*.

LA APARICIÓN

Agustín bebió apresurado la taza de café que Clorinda le había servido. Hay camote para el pan, le dijo, alargando un plato pequeño con unas cuantas tajadas.

El hombre cogió el camote con su recia mano velluda y lo introdujo al pan.

—Solo tengo unos minutos para desayunar —comentó— ahorita tocan el pito de la fábrica.

Clorinda se quitó el mandil que ceñía su figura.

—Todavía tienes tiempo, toma tranquilo tu desayuno, yo te voy a envolver unas yucas fritas con queso para tu almuerzo.

El hombre suspiró mirando a su mujer envolviendo apurada su merienda en un papel plástico.

Él cogió el paquete y lo cubrió con un periódico.

—Voy a trabajar de corrido —dijo, haciéndole una seña de despedida.

Clorinda lo despidió con un ademán de mano. Se dirigió al dormitorio y vio a los niños que dormían, miró el reloj, ya era hora de que se levantaran para ir a la escuela.

Suavemente los despertó y los comenzó a vestir, ante las quejas y protestas de los chicos que querían seguir durmiendo. Marita era la menor y la más quejumbrosa.

Después del desayuno les preparó su lonchera y los dejó en la escuela.

De regreso buscó las llaves en el bolsillo de su chompa. Siempre tenía dificultad en abrir la puerta, al fin lo logró y entró. Las ventanas estaban cerradas y había poca iluminación en el interior.

Distraídamente pasó revista a la salita y al mirar el sillón del fondo lanzó una exclamación de sorpresa.

Una señora muy anciana estaba sentada en un sillón.

—¿Quién es usted? —gritó sobresaltada—, ¿qué hace en mi casa?

La mujer no contestó, fijó la mirada.

—¿Cómo ha podido entrar si las puertas estaban con llave?

—Dame un pan —dijo la anciana estirando la mano.

Clorinda entró a la cocina llamando a su marido, aunque sabía que él no estaba.

Por fin regresó a la sala y, ante su sorpresa, la mujer había desaparecido.

Sin explicarse lo que le había sucedido, preparó el almuerzo y fue en busca de sus hijos.

De regreso los sentó a la mesa y les sirvió un plato de sopa y yucas fritas.

Marita se bajó de la silla y miró hacia la sala.

—¡Mami, mami! —dijo volteando la cara—, hay una abuelita en la sala.

Pepe volteó a mirar.

—Mentirosa —dijo— no hay nadie.

Clorinda se estremeció.

—No hay nadie, hijita, te ha parecido —murmuró.

La niña siguió almorzando, de rato en rato miraba hacia la sala.

—Pepe, mira, ahí está la abuela, me está llamando —le dijo despacio.

El chico le jaló el cabello, llevándose la cuchara a la boca.

—¡Mamá, el Pepe me está pegando porque le digo que la abuela me llama!

Clorinda no se atrevía a mirar a la sala. Esperó que terminaran de almorzar y se llevó a sus hijos al dormitorio, allí se pusieron a realizar las tareas. Ella se fue a lavar la ropa. Luego de la cena acostó a los niños y se sentó al lado de su cama. Pepe prontamente se durmió.

Marita, en cambio, estaba recostada contra su mamá.

—¿Mami, por qué la abuela no se va?

—¿Por qué dices eso, hijita? Aquí no hay nadie.

Clorinda abrigaba a su niña y le temblaban las manos.

—Sí, mami, si vamos a la sala vas a ver.

—Por favor, nena, duerme, no quiero oírte hablar tonterías, me crispas los nervios —Clorinda trataba de tranquilizar a su hija y sosegarse ella también.

La niña guardó silencio.

Clorinda sabía que su hijita no mentía. ¿Acaso no la había visto ella también?

Al llegar su esposo, la mujer lo llamó aparte y le contó lo sucedido.

—Tonterías —dijo el hombre—, mejor sería que te ocupes de algo más serio.

—Tú nunca crees en nada —dijo nerviosa y colérica la mujer.

¿Y si le hiciera algo a Marita? —pensó horrorizada—. La acostaré conmigo.

Su marido tenía turno de noche en la fábrica de tejidos. Clorinda se quedó sola.

Las horas pasaban y ella no podía dormir, tenía a su hijita abrazada contra su pecho. Recordaba las palabras de la niña y se llenaba de miedo y de angustia. La pequeña habitación estaba cubierta por una oscuridad asfixiante.

Quiso pasar la mano por la cabecita de su niña y un grito de espanto brotó de sus labios, despertando a los niños que lloraron asustados.

Al acariciar a la nena había tocado una mano rugosa encima de la cabeza de la criatura.

—¡Pepe, hijo, enciende la luz! —exclamó.

El niño corrió y apretó el interruptor. Ella no vio nada. ¿Sería sugestión? No, había tocado una mano arrugada, fría y venosa.

La luz quedó encendida.

—¿Por qué gritaste, mamá? —preguntó el niño.

—Casi me caigo y me asusté —respondió. No tardaron los niños en quedarse dormidos nuevamente.

Al día siguiente su marido no tenía guardia, la mujer sabía que no le prestaría atención; sin embargo, llegando la noche, le contó lo sucedido al acostarse.

El hombre la escuchó distraído.

—Tengo sueño —dijo y se acomodó para dormir.

Clorinda, desconsolada, trataba de mantenerse despierta, pero al fin el sueño la rindió. Al poco rato un ruido la despertó, de un salto encendió la luz.

Marita se había levantado y arrastrando sus zapatitos se dirigía hacia la sala. Ella me está llamando.

Clorinda gritó y corrió tras la niña deteniéndola.

—¿Por qué te has levantado? —le preguntó asombrada.

—Déjame, mamá, no me agarres, yo quiero ir a la sala. Ella me está llamando.

—¿Pero para qué? Anda, ven, acuéstate.

—No, mami, yo quiero ir, la abuelita quiere que vaya.

—Tus abuelitos están en Piura, esa mujer es mala, no debes ir, si te vuelves a levantar le cuento a tu papá y te va a pegar.

La pequeña se puso a llorar.

—No seas mala, mamá, yo quiero ir.

—¿Van a dejar dormir o no? —rugió el marido.

—¡Ya ves, tu papá está molesto!

Marita volvió a la cama sollozando.

Clorinda apagó la luz y encendió la lamparita para vigilar a la niña. Marita fingía dormir, más de una vez Clorinda vio que su hija la observaba y luego cerraba los ojos.

La madre, al fin cansada, se quedó dormida.

Clorinda soñaba intranquila cuando, de pronto, abrió los ojos y vio a su hija que se iba nuevamente a la sala. Aterrada se levantó de la cama.

—¡Marita!, ven acá —le gritó.

La niña no contestó, se detuvo, pero luego siguió avanzando.

La mujer saltó de la cama y corriendo alcanzó a su hija, la cargó y abrazándola fuerte la llevó consigo.

—¿Estás loca? ¿Adónde quieres ir?

—Mamá —contestó llorando la niña—, yo no quiero ir, pero siento como si me jalaran.

Clorinda despertó a su marido. El hombre, al ver a su hija y a su mujer llorando, se levantó y furioso fue directo a la sala.

—¡Aquí no hay nadie! —dijo molesto, regresando a la cama—. ¡Ya déjenme dormir! ¡Mañana tengo que madrugar!

En vano Clorinda intentó retenerlo despierto, el hombre se acostó y a los pocos minutos se volvió a dormir.

La madre se acostó en la cama de Marita, sujetando fuertemente a su pequeña.

—¡Ahí está, mamá! —gritó la niña.

La madre la vio. En efecto, estaba la anciana estaba a los pies de la cama tendiendo las manos hacia la niña.

—¡Jesús, esta mujer es el demonio! —gritó la mujer.

—Jesús —repitió la niña llorando.

La anciana abrió la boca como sonriendo, pero su sonrisa era una mueca. Les mostró entonces unos colmillos que no eran humanos.

Mirando a Clorinda le dijo:

—Dame un pan —y señaló a la niña.

Del archivo personal de la autora

YELINNA PULLITI CARRASCO

(Lima, 1980)

Ingeniera electrónica por la USMP y magíster en Matemáticas Aplicadas por la PUCP. Como escritora destaca en los géneros de lo fantástico, el horror y la ciencia ficción. En 2012, publicó *El valle y otras historias fantásticas*. Sus cuentos han sido publicados en revistas como *Axxon*, *Alfa Eridiani* y *Argonautas*. Asimismo, en los últimos años, ha sido antologada en libros como *Tenebra. Muestra de cuentos peruanos de terror* (2017), *Universos en expansión. Antología crítica de la ciencia ficción peruana: siglos XIX – XXI* (2018), *21 relatos sobre la Independencia del Perú* (2019) y las muestras de cuentos peruanos de fantasía y ciencia ficción *Vislumbra* y *Constelación* (2021), respectivamente. Varios de sus relatos pueden encontrarse en la página <https://yelinna.tripod.com>

EL PERRO

La aguja del medidor cayó y el auto se detuvo.

Angello se apeó y le arreó una patada. Acababa de quedarse sin gasolina, hacía un frío endemoniado y, para colmo, estaba a cien kilómetros del área poblada más cercana.

—¡Por la grandísima...!

Intentó mantener la calma, pero ya le era bastante difícil. Estaba varado junto a un camino solitario en el que, con suerte, vería pasar a alguien después de varios días. No le gustaba la idea de estar en un lugar desconocido sin agua ni comida, rodeado apenas por la hierba seca y un aire capaz de helarle los pulmones, y todo por haberse desviado de la carretera para acortar el trayecto unas pocas horas.

—¿Por qué tenía que pasarme esto justo ahora?

Se juró nunca más aceptar entregar encomiendas en lugares remotos, sin importar cuánto dinero le ofrecieran. Según sus cálculos, debía estar de regreso en la capital en la madrugada. Unas horas de retraso y eran capaces de acusarlo de robo.

Le dio otra patada al auto. Abrió la puerta y se recostó en el asiento de atrás intentando pensar en qué debía hacer.

Nunca debió sobreestimar el volumen de su tanque de gasolina y menos en una zona completamente despoblada. Se había pasado la mitad del camino seguro que podría llegar a la ciudad sin recargar el tanque, y la otra mitad rogando por llegar a cualquier parte donde poder adquirir gasolina y comida antes de agotar el combustible del todo.

Pasaron algunas horas después de las cuales dejó de considerar que quedarse en su auto fuera una buena idea. Se trepó sobre el techo esperando ver algo, pero todo estaba quieto y tan silencioso que empezó a sentir una extraña presión en los oídos. Ni siquiera se veían pájaros. Volvió a bajar, buscó sus mapas en la maletera y se puso a examinarlos hasta que se le cansó la vista. Era inútil, ninguno mencionaba el camino por el que se había desviado, no tenía ni la menor idea de dónde se encontraba. Recordaba estar al sudeste de la carretera tal antes de llegar al puente tanto, eso era todo.

Se sentó junto al volante e intentó pensar.

Si se quedaba, lo más seguro es que moriría de deshidratación antes de que alguien lo hallara. Eso lo hizo temblar, la única agua que poseía era la del radiador.

—Cómo pude ser tan estúpido...

Dejó caer los mapas que tenía en la mano y movió la cabeza.

—Si permanezco aquí, me moriré antes de que alguien me encuentre... o encuentre lo que haya quedado de mí. ¿Cuánto puede vivir una persona sin absolutamente nada de agua ni alimento?

Volvió a contemplar el horizonte.

—¿Cuatro días?, ¿acaso cinco?

Una ráfaga de viento helado le dio de lleno.

—¿Debo dejar que la suerte decida si debo caer muerto en este maldito desierto?

Salió del auto y permaneció observando el horizonte durante varios minutos.

—¿Cuánto seré capaz de esperar antes de que sea demasiado tarde?

Parecía no tener opción.

Se abrochó la casaca, cerró su auto y se alejó.

La tarde avanzaba con rapidez y Angello estaba cada vez más preocupado. Según su reloj ya llevaba casi seis horas caminando sin ver absolutamente a nadie. Por momentos, tenía la sensación de que toda la extensión del Espacio se desplegaba, plana y vacía, frente a él. Le dolía todo el cuerpo y sentía un hambre feroz. Ya la noche estaba cayendo y no tenía ninguna luz, ni linterna, ni siquiera un encendedor.

—¡Demonios!

Antes de que se diera cuenta, la oscuridad fue tal que apenas pudo ver unos metros delante. El corazón empezó a acelerársele. Se olvidó del cansancio y del hambre, solo quería escapar de esa tremenda sensación de soledad. Empezó a hablar en voz alta, a silbar y a cantar hasta que el aire frío lo dejó ronco. Por momentos se detenía, esperando oír algo, pero el silencio era completo. El cielo no tenía ni una estrella y se veía tan denso y profundo que llegó a creer que se encontraba a miles de metros por debajo del mar.

—Tranquilízate o te dará un infarto —se decía.

A pesar de que las piernas le temblaban, se juró no detenerse. Temía que si se dejaba caer a tierra no sería capaz de volver a levantarse. Sin darse cuenta empezó a alucinar: creía ver movimiento más allá de su estrecho radio de visión e incluso, por momentos, tenía la clara sensación de que lo observaban. Más de una vez gritó, pero no recibió respuesta.

Le parecía escuchar a alguien cerca antes de darse cuenta de que era el sonido de sus propios pasos. La atmósfera tenía una presencia casi humana, aplastante. Llegó a pensar que podría coger puñados de aire.

El paisaje era tan monótono que se preguntó si no estaría caminando en círculos. En medio de su delirio, se creyó víctima de una cruel confabulación perpetrada por todos los elementos de los que dispone el Universo para hacer el mal; entonces se sentía vulnerable, como si del cielo pudiera caer un rayo y aniquilarlo, como si en cualquier instante pudiera simplemente desaparecer sin dejar rastro alguno de haber existido.

Al no poder ver su reloj, perdió la noción del tiempo y estuvo seguro de haber caminado durante siglos enteros en medio de un mar helado, a años luz de cualquier otra cosa que pudiera existir y que fuera algo más que vacío.

El alba lo sorprendió al borde de un ataque de nervios, mareado de cansancio y medio muerto de hambre y frío. Apenas notó que el cielo empezaba a clarear, las lágrimas se asomaron a sus ojos. De un golpe, la luz borró sus alucinaciones. Maravillado por el hecho de que aún hubiera un sol en el firmamento, empezó a llorar.

Pasaron varios minutos antes de que estuviera en condiciones de seguir caminando. Se pasó las manos por el rostro y su vista fue atraída por una alta colina. Se dirigió a ella y trepó esperando tener un mejor punto de observación.

Ya era de día cuando llegó a la cima. Desde allí, contempló el horizonte.

A lo lejos se distinguía una casa pequeña e insignificante en medio de la llanura. De lo que parecía una chimenea, se extendía un hilo de humo.

Angello sintió que de alguna forma era nuevamente arrojado al mundo, descendió de la colina a saltos y corrió con todas sus fuerzas hacia la casa. Ya estaba a escasos metros cuando notó que, de un costado, un enorme perro de pelaje oscuro le daba el encuentro ladrando con fuerza.

Angello se detuvo, el perro seguía ladrando y mostrándole los colmillos. Definitivamente, ese animal no permitiría que se acercara a la casa.

—Diablos...

Angello dio un paso adelante y el perro le gruñó de tal forma que solo daba a entender que lo haría pedazos si se atrevía a acercarse más. Pero Angello no podía simplemente alejarse y buscar otro sitio donde pedir ayuda, el siguiente podía estar a varios días de distancia. Además, estaba tan agotado que pensó que no sería capaz de huir si el perro corría a morderlo.

Intentaba pensar en alguna manera de espantarlo cuando escuchó que alguien llamaba:

—¡Tadeo! ¡Tadeo!

Angello vio a un hombre que rondaba seguramente los setenta años en el umbral de la puerta haciendo señas para atraer al perro.

Este corrió hacia su amo moviendo la cola.

El desconocido observó a Angello como si se asegurara de que no fuera peligroso.

—¡Buenos días! —dijo acercándose—. Espero que comprendas a Tadeo, no suele pasar mucha gente por aquí, suele ladrarle a todo lo que se mueve.

Angello pensó que era algo muy lógico tratándose de un lugar como ese. El perro lo observaba con la cabeza baja, desconfiado. Angello deseaba desesperadamente pedirle ayuda al extraño, pero no quería arriesgarse a ser atacado por un animal capaz de derribarlo.

—Mi nombre es Oskar —se presentó el viejo—. Tadeo se encarga de cuidar mi propiedad y avisarme si alguien se acerca.

—...

Miró a Angello de arriba a abajo:

—Parece que necesitas ayuda.

Este asintió.

—Quedé varado a un lado del camino ayer —dijo en tono de súplica—. He pasado una noche espantosa y apenas me tengo en pie... si usted pudiera...

Oskar sonrió benevolente y le ordenó a su perro hacerse a un lado.

Mientras devoraba lo que le diera Oskar, Angello le contó el porqué se encontraba en un lugar tan apartado y del sitio aproximado donde había abandonado su auto. Se cuidó de omitir todo lo referente a sus padecimientos durante su caminata nocturna, especialmente porque él también quería olvidarlos.

Oskar, a su vez, le contó que vivía solo en esa casa desde hacía más de veinte años, la mitad de los cuales, Tadeo le había hecho compañía.

—Además de esta casa, tengo una huerta y algunas gallinas —dijo—. Suelo vender y comprar las cosas que necesito en el pueblo que está a un día de camino en mi camioneta.

—¿A un día en camioneta? —preguntó Angello.

—Sé lo que estás pensando —le respondió Oskar, observándolo—. Podría usarla para remolcar tu auto hasta el pueblo donde podrías comprar gasolina. Pero la tengo estropeada desde hace días, tendrás que esperar hasta que la repare.

—¿Cuánto podría tardar eso? Yo apenas tengo dinero para...

—No tienes que pagarme la estadía —lo interrumpió—. A cambio de la habitación y la comida que te dé, quiero que te dediques a limpiar un poco este lugar y hacer lo que te ordene.

—¿Qué?

—Ya me escuchaste.

—Pero yo lo único que quisiera es...

—Tú eliges: es eso o llegar hasta el pueblo por tus propios medios y, por lo que veo —señaló a Angello con la cabeza—, no creo que puedas durar lo suficiente para completar el trayecto.

Angello no respondió, temía que Oskar tuviera razón. En el fondo, habría preferido pagar por el cuarto y el alimento, o por lo menos disponer de un teléfono. Ya se imaginaba el revuelo que habría en la fábrica debido a su retraso; cuando regresara, su supervisor iba a arrancarle las orejas.

—No puedo perder más tiempo —dijo.

—Solo serán dos o tres días —insistió Oskar—, entonces podremos ir por tu auto. Además —se inclinó hacia él—, con la cara que tienes se te nota que realmente necesitas descansar un par de días.

Angello se pasó la mano por el rostro. Hasta ese momento había ignorado el aspecto que debía tener después de pasar toda una noche huyendo de ni él sabía qué. Más Oskar estaba en lo correcto, necesitaba urgentemente reposo.

—Te prometo no demorar más que eso —le dijo, casi con lástima— y, si sucede, de todos modos intentaremos pensar en qué se puede hacer al respecto.

Angello inclinó la cabeza en gesto de resignación.

Oskar le permitió dormir en la habitación vacía del segundo piso. Cuando despertó, ya era avanzada la tarde. Sabiendo que no podría volver a conciliar el sueño, se levantó.

La casa más se asemejaba a una cueva. Las paredes parecían hechas de tierra, la habitación era oscura y no había electricidad. Angello no dejaba de sentirse incómodo, todo allí exhalaba un aura de frío abandono.

—Ideal para una persona solitaria —pensó.

Dio algunas vueltas por el cuarto sin pensar en nada en concreto, hasta que percibió que alguien estaba bajo su ventana, fue a abrirla esperando encontrar a Oskar.

Pero en su lugar estaba Tadeo, apenas este lo vio empezó a gruñir amenazante.

Al notar cómo se le erizaba el pelo, Angello empezó a inquietarse. Se preguntó, en el caso de que tuviera la oportunidad, si Tadeo podría alcanzarle el cuello de un salto y si tendría la intención de hacerlo. Lentamente retrocedió y cerró la ventana. Se oyeron varios gruñidos más y luego el rumor de patas que corrían, alejándose.

—Maldito perro —murmuró.

Trató de no pensar en él, ya bastante tenía con recordar lo que le esperaba en la fábrica después de retrasarse tanto tiempo. No era solo por el hecho de que lo despidieran, el malnacido de su supervisor no desaprovecharía la oportunidad de hacer públicas todas sus faltas.

—¡Angello!

La voz de Oskar lo regresó a la realidad. Pudo escuchar sus pasos subir las escaleras.

—¡Angello!

No quiso admitir que tenía miedo de abrirle. Por las pisadas, intentó averiguar si venía con su perro.

Oskar entró al cuarto sin avisar:

—Te he estado llamando —le dijo de mal humor.

—Ya lo sé.

—Supongo que ya habrás dormido lo suficiente.

—Sí, desperté hace un rato.

—¿Entonces por qué no bajabas?

—Tadeo me vio por la ventana y empezó a gruñir.

—¿Y qué con eso?

—Ese perro parece querer atacarme.

Oskar soltó tal carcajada que hizo que Angello se sobresaltara.

—¿De qué se ríe tanto? —le preguntó colérico.

—No seas tonto —le recriminó el viejo—, Tadeo jamás ha atacado a nadie.

—Siempre hay una primera vez.

—Mira, no quiero oír más de eso. Si Tadeo estuvo husmeando es porque no te conoce y punto.

—Gruñe de tal forma que...

—Te he dicho que no quiero oír más de ese asunto.

—Pero...

—¡Silencio! Llevo diez años viviendo con Tadeo, lo conozco mejor que a mí mismo y cuando digo que jamás atacaría a nadie es porque es cierto.

Angello prefirió no seguir discutiendo. Quería creer lo que Oskar le decía, que tal vez su perro solo sabía asustar a los extraños, pero en su interior lo corroía la duda.

Esa tarde Oskar lo puso a barrer el suelo mientras él trabajaba en su camioneta. Angello se alegró que se llevara a Tadeo consigo, pues el animal no dejaba de mirarlo con ojos feroces. Mientras barría, su preocupación iba en aumento, no confiaba en Oskar. La razón por la

que su perro no había atacado a nadie anteriormente podía deberse a que no había ninguna persona a quién atacar; y ahora que él estaba en la casa, fácilmente Tadeo podría percibir que su territorio estaba siendo invadido y defenderlo hasta las últimas consecuencias. Considerando todo esto, llegó a pensar en robarle comida a Oskar, coger algo de ropa y huir, pero al recordar que el pueblo más cercano estaba a un día en camioneta, le pareció una locura, no tenía medios para recorrer a pie una distancia tan grande. Además, ya estaba anocheciendo.

Creyó más prudente esperar.

Al día siguiente ambos se pusieron a arreglar los corrales de las gallinas. Trabajaban en silencio, Oskar aparentemente feliz de tener a un ayudante y Angello impaciente porque este volviera a ocuparse de la camioneta.

—Terminado —dijo Oskar secándose el sudor de la frente—. Voy a preparar la comida. Recoge algunos huevos y entra por la puerta de atrás. No te demores, te estaré esperando.

Entró a la casa mientras Angello lo fulminaba con la mirada:

—Un «por favor» no le habría costado nada.

De rodillas, revisaba los nidos cuando sintió que alguien lo observaba, intentó ignorarlo, pero la sensación se hizo tan fuerte que se vio obligado a mirar sobre sus hombros.

Frente a él, los profundos ojos amarillos de Tadeo aparecieron muy cerca de los suyos.

Se incorporó de un salto.

Antes de que el perro hiciera algún movimiento, Angello caminó hacia la casa intentando mantener una distancia prudencial, mas Tadeo corrió y se plantó frente a la puerta impidiéndole el paso.

Empezó a ladrar.

—¡Quítate! —le gritó.

Solo consiguió hacerlo ladrar más fuerte.

—¡Quítate, demonios!

Tadeo empezó a avanzar y Angello a retroceder, si se atrevía a atacarlo le patearía el hocico, estaba decidido, aunque después Oskar lo echara de la casa a palos.

—¡Lárgate!

Angello trató de ignorar el acelerado golpetear de su corazón, bastaba que Tadeo hiciera un mínimo movimiento para que la adrenalina inundara su sangre. Temía que el perro llegara a adivinar la superioridad que poseía ante él.

—¡Cállate!

Tadeo hizo ademán de querer atacar.

—Tendré suerte si solo me muerde un brazo —pensó.

Inconscientemente, Angello se preparó para una embestida.

Tadeo arqueó la espalda aparentemente preparándose para saltar, cuando de pronto la puerta se abrió y apareció Oskar.

—¡Tadeo! —gritó—, ¡deja de estar fastidiando! ¡Ve y métete a tu caja!

Este movió las orejas y obedeció en el acto.

Angello lo vio alejarse y respiró sintiendo cómo desaparecía la tensión de su cuerpo, iba a agradecerle a Oskar, pero este empezó a decir:

—No era necesario que gritaras de esa forma. Tadeo no obedece a la gente desconocida.

—¿Entonces qué otra cosa podía hacer?

—No hacerle caso, simplemente.

—No creo que pueda mientras me está ladrando de esa forma.

—La culpa es tuya. No debiste levantar la voz.

—¡Ese animal parecía querer lanzarse encima de mí! ¡Yo no quería gritarle, él me obligó!

—Ya te he dicho que Tadeo jamás ha atacado a nadie. Tú debes haberlo provocado de alguna forma.

—¡Yo no lo provoqué!

Oskar lo miró enojado, era evidente que no le creía una palabra, después de arrebatarse la canasta de huevos, entró en la casa.

Desde el exterior, Angello pudo escuchar su risa. Se sintió tan humillado que, en lugar de enfurecerse, se le formó un nudo en la garganta.

—¿Por qué Tadeo, cada vez que me ve, se pone a gruñir como si quisiera cogirme del cuello? —le preguntó Angello a Oskar durante el almuerzo.

—No debes preocuparte por él, solo ataca a lo que considera su presa.

—¿Presa? ¿Es un perro cazador?

—Suele perseguir y matar a los animales que se aproximan demasiado. Aunque no lo parezca, en esta zona hay ratas.

—Es decir que... ya ha probado la sangre.

—Sí, pero ha sido sangre de animales.

—Pero aun así...

—¿No me digas que crees tener sangre de rata en las venas? —empezó a reírse—. No me sorprendería.

—No le permito que se burle, yo lo único que...

—Y yo no te permito que hables mal de mi perro y además andes imaginando cosas. ¿Me escuchaste?

—En ningún momento he hablado mal de su perro.

—Y más te vale que no lo hagas. Recuerda que estás en mi casa y por eso deberás acatar mis reglas. Si Tadeo se muestra agresivo es solo por instinto. Te lo repito: él solo mata a animales de presa, nada más.

—Pero si está defendiendo la casa de los intrusos, entonces...

—Si sigues insistiendo con este asunto te echaré de aquí y ya verás cómo te las arreglas.

—Lo que pasa es que...

—Haz el favor de cerrar la boca.

Angello prefirió obedecer a pesar de que no quedó más tranquilo después de oír lo que le dijera Oskar. Tenso como estaba, llegó a pensar que Tadeo lo había escogido como su presa, dispuesto a atacarlo en cualquier momento.

—Tal vez está escogiendo el momento adecuado, sabe que soy un animal grande, tal vez quiere atacarme por la espalda, tal vez...

Empezó a temblar. Miró a Oskar y su expresión de indiferente despreocupación le hizo entender que no podía esperar ayuda de él.

Ya era de casi de noche cuando Oskar lo mandó traer verduras de la huerta. Apenas Tadeo lo distinguió en la semioscuridad, fue tras él. Angello no notó su presencia hasta que lo tuvo a un metro de sus piernas.

—Maldita sea. ¿Qué has venido a hacer aquí?

Tadeo empezó a gruñir y Angello a ponerse nervioso. La noche caía con rapidez y las formas se hacían más confusas. Los ojos de Tadeo brillaban fantasmales.

—Lárgate —le dijo con un hilo de voz.

Los gruñidos empezaron a hacerse más salvajes. Angello trataba vanamente de no sucumbir al pánico. Si el perro lo deseaba, podía asesinarlo de una mordida bien asestada y nadie lo sabría jamás a menos que Oskar lo confesara.

—Cuando te huela el miedo estarás muerto —pensó.

Apenas podía ver a Tadeo, pero sabía que este podía verlo perfectamente a él. Si Angello se movía, Tadeo mostraba sus colmillos. Angello a duras penas se obligaba a permanecer allí y no salir corriendo.

A su mente volvieron las sensaciones de su caminata en la noche y tuvo ganas de gritar.

—... estarás muerto... —se repitió.

Tadeo se fundió en la oscuridad y solo se veían sus ojos amarillos. Estos empezaron a aproximarse, lentamente.

—No, maldición.

Los ojos parecían suspendidos en el aire. Por alguna razón, Angello no podía moverse, ignoraba si era debido al miedo o a la poderosa atracción que esos ojos ejercían en él. Eran casi hipnóticos, Angello se veía caer a través de ellos hacia la nada. Interiormente supo que estaba a merced de ese animal, a merced de lo que deseara hacer con él.

Rogó por dentro si es que Tadeo iba a matarlo, que no lo hiciera sufrir demasiado.

—¡¡Angello!!

La voz de Oskar la sintió como un latigazo en la espalda. Había roto el hechizo.

Este se acercaba con una lámpara de gas.

—¿Por qué demoras tanto?

Angello intentó responder, mas su garganta estaba seca.

—Entra a la casa. Ya veo que eres incapaz de hacer algo tan sencillo como arrancar unas cuantas plantas.

Angello, ignorando el despectivo comentario, se apresuró a obedecer. Por dentro sentía que le debía la vida a Oskar.

Esa noche permaneció contemplando la negra llanura desde su ventana, incapaz de conciliar el sueño. Para entonces habría vendido su alma al mismísimo infierno a cambio de estar en cualquier otro lugar, incluso hubiera preferido encontrarse en la fábrica recibiendo los insultos de su supervisor, cualquier cosa era preferible a permanecer en medio de un desierto a merced de un idiota y su perro.

—¿Cómo fui a meterme en esto?

Estaba considerando volver a la cama cuando, de entre las sombras, hizo su aparición Tadeo, posando su mirada sobre él. Sus ojos eran brillantes y Angello se sintió perderse en la pesada intensidad de su mirada, como si no fuera un perro el que lo observara, sino algo más grande, más demoníaco, algo que se ocultaba detrás de esos ojos encendiéndolos con un furor homicida.

Angello lanzó un gemido, Tadeo lo observaba inmóvil bajo su ventana, respirando fuertemente con el hocico entreabierto, incluso podía ver el vapor que exhalaba de sus fauces.

—Es cierto —murmuró aterrorizado—, va a cazarme, soy su presa.

Angello retrocedió alejándose de la ventana, jadeando como si lo hubieran herido de gravedad.

—¿Es que está esperando el momento adecuado para despedazarme?

Entonces Tadeo se le presentó a su mente como la encarnación de todo el odio que pudiera pesar sobre él; se habían encontrado, se habían visto y se habían reconocido, y ahora uno de ellos destruiría al otro.

No pudiendo soportarlo más, fue a refugiarse entre las mantas, lejos de la ventana. Desde allí podía escuchar el rumor que Tadeo producía al moverse. Se cubrió la cabeza con la almohada. Aun cuando le daba la espalda a la ventana, podía sentir sobre sí la poderosa mirada del animal, con los ojos fijos sobre él.

Apenas estaba amaneciendo cuando Angello se despertó. Ya no oía a Tadeo, pero no por eso estuvo más tranquilo. En sueños, estuvo seguro de haber sentido sus dientes alrededor de su cuello.

—Esto no puede continuar así.

Quiso comprobar que Oskar hubiera hecho algún avance en su camioneta. Procurando no hacer ruido, bajó al primer piso.

Para llegar hasta la puerta que daba a donde estaba la camioneta, primero debía atravesar el comedor y luego la cocina.

Para su mala suerte, allí se encontraba Tadeo.

Bastó que lo oliera para ponerlo en alerta. Nuevamente empezó a ladrarle.

—¡Cállate! —le gritó.

No hizo caso.

—¡¡Cállate!!

Pero mientras más fuerte gritaba Angello, más fuerte ladraba Tadeo. Apenas podían oírse, especialmente porque Angello necesitaba gritar, lanzar su miedo fuera de sí a gritos.

—¡Ya me cansaste, estúpido animal del diablo!

Alcanzó una jarra de metal dispuesto a golpearlo, mas Tadeo no se inmutó, lanzó unos ladridos tan potentes que le lastimaron los oídos a Angello.

Este sintió escalofríos, Tadeo ya estaba caminando hacia él, despacio, con la mirada encendida de odio.

Tadeo avanzaba un paso y Angello retrocedía otro, rodearon la mesa hasta llegar al umbral de la puerta de la cocina. Antes de darle más tiempo, Angello se la tiró en las narices al perro.

Este rasqueteó la puerta durante un largo rato antes de alejarse.

—Maldito animal —murmuró Angello, recostándose en la pared.

De pronto, oyó a Oskar riéndose a sus espaldas.

—¿¿Qué le parece tan divertido, eh?? —le preguntó furioso.

—No sé cómo puedes tenerle tanto miedo a Tadeo, ¡si no te ha hecho nada!

—¿¿¿Nada???

Oskar seguía riéndose, eso lo enfureció más. Si hubiera sido treinta años más joven lo habría molido a golpes.

—Su perro es una fiera —le dijo, casi gritando—. Lo único que sabe hacer es ladrar como un demonio y usted ni siquiera es capaz de reprenderlo.

—No tengo por qué reprenderlo. Ya bastante hago por ti permitiendo que te quedes, y si me veo obligado a escoger entre tu pellejo y Tadeo, creo que ya sabes cuál será mi elección.

—¿Y por qué tendría que verse obligado a hacer esa elección?

—No permitiré que lastimes a mi perro, óyelo muy bien.

Entonces Angello se dio cuenta de que aún tenía la jarra de metal en la mano. Era notorio que Oskar tomaba aquello como una declaración de guerra.

Ante enemigos tan poderosos, Angello se sintió completamente indefenso. Si permanecía con vida aún era porque inspiraba lástima, no podía haber otro motivo.

—Te lo repito —le advirtió Oskar al pasar a su costado, hacia el comedor—: si lastimas a mi perro no te lo perdonaré.

Salió.

La forma en que Oskar le había hecho esa última advertencia lo paralizó de miedo. Creyó posible que, en ese mismo momento, le estuviera enseñando a Tadeo la manera más efectiva de matar a una persona, y con solo imaginarlo, se sintió enfermo.

Desde el comedor, le llegó la risa de Oskar y creyó enloquecer.

—Mañana mismo me largo —pensó—. No sé cómo, ¡pero mañana mismo abandonaré este miserable lugar!

Aquella noche Tadeo no dejó de aullar helándole la sangre. Él ya no sabía a quién odiaba más: a Oskar o a Tadeo, pero lo que sí sabía era que no podía pasar otro día cerca de alguno de los dos.

Por los aullidos sabía que el perro estaba bajo su ventana, incansable.

Angello se tapó los oídos intentando no escucharlo.

—Cállate —murmuró—, cállate, por Dios, cállate.

Los aullidos le eran insoportables, deseó desesperadamente que todo no fuera sino una horrenda pesadilla, que cuando despertara se hallara en su casa, para poder olvidarlo todo.

—Un sueño, una pesadilla, eso es todo —pensó al borde de la histeria—. Solo en las pesadillas suceden estas cosas.

Se preguntaba cuánto tiempo podía aullar un perro antes de cansarse. Sabiendo que no podría dormir, se levantó y buscó a tientas cualquier objeto que pudiera arrojarle a la cabeza. Oskar no le había proporcionado nada que sirviera para alumbrarse y eso lo inquietaba más. Tanteó entre los viejos muebles y de repente, tropezó con una silla cayendo pesadamente al suelo.

El golpe le sacudió los nervios. Comenzó a llorar de forma incontrolable rogándole en su mente a Tadeo que se callara.

—Tiene que ser una pesadilla, tiene que ser una pesadilla —se repetía.

Golpeó su cabeza contra el suelo varias veces, pensando que era mejor estar muerto antes de seguir oyendo los infernales aullidos de ese perro. Quiso levantarse y seguir buscando qué arrojarle, incluso llegó a pensar en arrojarse él mismo por la ventana, pero por algún motivo, su cuerpo no le respondía.

—Cállate, por favor —suplicó en voz baja.

Angello se arrastró como pudo al otro extremo de la habitación, lejos de la ventana. Tenía los miembros tan rígidos que agotó todas sus fuerzas al punto de saber que le sería imposible regresar a la cama.

Los aullidos eran tan potentes que Angello creyó tener al perro a su lado.

—¡Por favor!

Llegó a convencerse de que la misma oscuridad no era más que una extensión de su cuerpo, de su poder. De que si Angello no tenía forma de levantarse y huir era porque Tadeo así lo quería, el que permaneciera en el suelo era demostración de su dominio sobre él.

—Te lo ruego, ten piedad.

Entonces un gruñido de fiera desgarró la noche, Angello dejó escapar un lamento y perdió el sentido.

Cuando abrió los ojos ya era de madrugada. El silencio era absoluto. Tenía el cuerpo entumecido y le dolía la espalda. Tardó unos segundos en recordar lo que había sucedido y qué hacía tirado en el suelo.

Se pasó las manos por la cara y estiró sus miembros. Nuevamente dueño de su cuerpo, se puso de pie. No quiso perder tiempo, si Oskar y Tadeo dormían aún, era el momento indicado para marcharse.

Angello se deslizó hasta la cocina y llenó una bolsa con comida. Quiso apoderarse también de un cuchillo, pero Oskar los guardaba bajo llave. También se apropió de una botella, la que llenó de agua del depósito. Abrió la puerta que daba al exterior y descolgó un poco de ropa del tendedero. Pensó que esos serían los últimos segundos que estaría cerca de Oskar o Tadeo, y respiró sintiéndose libre.

Se puso la bolsa a la espalda y caminó alejándose.

Ya estaba a unos veinte metros de la casa cuando volteó a mirarla por última vez. Entonces vio a Tadeo aparecer desde un costado, igual que la primera vez, lanzar un gruñido bestial y correr a toda velocidad hacia él.

—Dios mío, ¡no!

Miró hacia la casa, Oskar debió oírlo rebuscar en la cocina, pues los observaba desde el umbral de la puerta con los brazos cruzados.

—¡Oskar! —gritó—, ¡¡llame a su perro!!

Pero parecía no escuchar.

—¡¡Llámelo!! —insistió, suplicando—, ¡¡¡llámelo!!!

No obtuvo resultado.

Tadeo ya estaba muy cerca, sin perder más tiempo Angello echó a correr.

—¡Oskar! —imploró—, ¡¡llame a su perro!!

—¡Tadeo! —oyó que gritaba.

Angello dejó caer la bolsa, corría con toda su alma intentando huir del rumor de patas que lo perseguían, del jadeo de animal enfurecido detrás de él.

—No me dejará ir. Soy su presa ¡no me dejará escapar!

Empezó a sentir que le faltaba el aliento, mas no se detuvo. Tenía el claro presentimiento de que detenerse significaría su muerte.

—¡Esperó hasta el último momento para venir a despedazarme!

Tadeo regresó con Oskar y empezó a lamerle la mano. Este le acarició la cabeza.

Ambos observaban a Angello, quien en loca carrera, se perdía en la inmensidad de la llanura.

—Me pregunto de qué estará huyendo —se dijo.

Y Angello lo sabía, sabía que Tadeo había regresado con su amo, sabía que ambos lo observaban desde la casa.

También sabía que su perseguidor corría detrás de él, haciendo sonar sus pisadas en la tierra y su respiración en el aire.

Pues sabía que lo había estado esperando desde siempre, escondido detrás de los ojos de un perro, oculto en la voz de un anciano, aterrorizándolo y acosándolo para luego darle caza.

Lo perseguiría hasta el fin del mundo, hasta el borde mismo del horizonte, hasta que le faltara totalmente el aliento y ya no pudiera seguir escapando.

Entonces le asestaría la certera mordida, haciéndole el peor daño que se le puede hacer a un ser vivo: un daño más allá de la materia.

Angello sabía y esa era su condena, aunque no pudiera ver a su perseguidor pero sí percibirlo, más allá de la razón, más allá de toda lógica, en el centro mismo de sus pesadillas.

De: *¿Le temes a la oscuridad? Cuentos de terror y suspenso* (2010)

ASALTOS
DE LO IMPOSIBLE



SARA MARÍA LARRABURE

(París, 1921 - Lima, 1962)

Escritora clave de la generación del cincuenta. Dirigió la revista de artes y letras *Centauro*, fundada conjuntamente con el escritor Carlos Eduardo Zavaleta y el poeta Alejandro Romualdo. Publicó el libro de cuentos y microrrelatos titulado *La escoba en el escotillón* (1957) y la novela *Rioancho* (1949) en España. Uniendo sus estudios de Pedagogía y Literatura, escribió artículos especializados como «La imaginación como factor educativo» y «El arte poética y su trascendencia», entre otros textos sobre autores de su época. Póstumamente, se publican sus libros *Dos cuentos* (1963) y *Divertimentos* (1966), este último incluye artículos culturales. Sus microrrelatos han sido incluidos en *Cincuenta microrrelatos de la generación del 50* (2014) y la antología *Mujeres minicuentistas* (2006) editada en Colombia.

PELIGRO

A toda carrera salí hacia el campo. Había un lugar donde no me encontraría. Era un escondrijo que me había tardado largo tiempo hallarlo.

Quedaba en una huerta, o lo que quedaba de lo que antes fuera una huerta. Nadie se ocupaba ahora de hacer crecer en ella plantas verdes, pegadas a la tierra, alineadas correctamente; solo algunas matas de fresas ocupaban un minúsculo rincón del gran terreno. En el resto, las hierbas espurias, los matorrales salvajes, habíanla cubierto casi en su totalidad. En partes existían claros en los que emergía algún árbol y para llegar a estos yo tenía que arrastrarme por entre el matorral, siguiendo un túnel sombrío, pero perfecto; una obra de ingeniería hecha tal vez por un conejo o una vizcacha. El túnel no seguía una línea derecha, se retorcía sinuosamente hasta que llegaba al claro cuyo centro era el árbol. Luego había que buscarlo nuevamente, ya que la entrada se hallaba disimulada, pero yo la distinguía porque la cubrían matas sospechosas. No lo había recorrido todavía en toda su extensión, solo una parte y esta me había costado una paciente labor de días, quizás meses. Mis excursiones eran sigilosas, secretas, y cuando volvía de ellas me costaban reprimendas pues mi aspecto era desastroso: arañazos en la cara, brazos, piernas y el traje desgarrado. Pero no importaba, me había obstinado en recorrerlo y descubrir su secreto, tal vez conduciría a un país encantado donde no hubiese castigos ni exigencias. Lo que yo más temía era algún encuentro con algo monstruoso que podía ser desde una serpiente hasta el dragón guardián de ese otro mundo misterioso.

Mi carrera se detuvo ante el matorral. Si entraba a rastras en el túnel, mi traje nuevo se rasgaría, pero podía con cuidado remangarlo en la cintura y meterlo en el calzón asegurándolo con el elástico; la parte del corpiño se ensuciaría, pero podía sacudirlo más tarde. De todos modos, tal vez no volvería más, me quedaría en ese nuevo mundo al que, sin lugar a dudas, debía conducir el túnel. Tenía que ser un mundo bueno, en el que todos me querrían y sería bienvenida. La entrada del túnel se me aparecía tentadora, era, además, «mi túnel», yo lo había descubierto y ya lo quería, era un túnel bueno. El problema eran los zapatos, eran los más nuevos que tenía: me descalcé, introduje la falda en el calzón y me escabullí en el matorral de plantas parduscas y verde sucio.

El piso estaba cubierto de pastos suaves que defendían imperfectamente de la humedad del suelo. Un olor dulce, de vegetación corrompiéndose, invadía la estrecha bóveda que había sido agrandada por mis anteriores incursiones. Me sentía enorme para la angosta galería y avanzaba cautelosamente, mirando, deteniéndome, investigando dónde ponía las manos y las rodillas. Un silencio completo me rodeaba.

El tener las piernas pegadas al suelo me daba la impresión de estar más segura. No importaba que estuviera la hierba húmeda; para mí la humedad era parte de mí misma, de todo lo que me rodeaba, fuera y dentro de mí.

El primer tramo era fácil. No tuve sino que levantar mis planas rodillas y depositarlas quedamente. Mis pobres rodillas ardían de tanto haber sido sobadas; habían sido demasiado castigadas. Nada importaba ya, el país estaba cerca.

El túnel viraba a la derecha, un corto paso, luego una hendidura en el terreno, quizá una brecha, un corto salto y al otro lado. Entonces venía la parte más difícil, era muy angosta y tendía más y más a estrecharse. El traje se había deslizado hasta toparme las rodillas. Me detuve para volverlo a colocar dentro del calzón. Era pavoroso fijarse en otra cosa que no fuese mi alrededor, y odié el traje, odié el calzón, odiaba todo lo que me obstaculizara en mi designio. Ir hacia la aventura, no importaba qué fuera. Tratar, tratar, tratar.

¡Qué túnel!, casi no valía la pena. Aquí tantas ramas. Una me hirió en el brazo desgarrándome parte de la manga. La pobre manga soportaba ahora la sangre. Pero peor el traje desgarrado: no se podía reemplazar. Así se decía allá, acá nadie preguntaba. Esto es lo real: mi túnel y nadie más.

Las hierbas se hacían más tupidas, el pasaje más angosto, las plantas, yo creo, se cerraban. Lo importante era estar alerta. Alerta con los ojos, los oídos, el tacto. El peligro se podía esconder debajo del lecho de hojas húmedas sobre las que yo gateaba, o detrás del espeso matorral que se extendía a ambos lados del pasaje y arriba. Mis movimientos eran cautos, me detenía a cada avance escudriñando delante mío. Lo desagradable era mirar atrás, pues entonces tenía que volver la cabeza y perder de vista lo que me esperaba delante.

De pronto me hallé contemplando hojas verdes y a través de ellas un claro. En este, al centro, crecía un árbol de tronco angosto algo retorcido. Desde mi posición no podía distinguir la copa del árbol. Un temblor nervioso me paralizó: algo se había movido, algo subrepticio que se arrastraba y luego silencio. Agucé mis oídos esperando más que ver, oír de dónde venía. La sangre se deslizaba como un hilillo desde la manga desgarrada, cerca del hombro, por el brazo hasta mi mano derecha, plana contra el suelo y rojo azulácea por la posición y la inmovilidad.

De nuevo repitióse el ruido. Esta vez sin temor ni interrupciones, aunque diferente del primero que había escuchado. Era monótono, como si alguien rastrillara golpeando levemente en la tierra. ¿Alguien trabajaba un jardín en un sitio tan abandonado?

Me froté la mano sucia contra el traje antes de separar las ramas frescas. El roce sonó como un vendaval en la quietud del lugar y a este le respondió un violento, furioso rasqueteo seguido por un batir de alas que se alejaron en el espacio. Nada más sino silencio nuevamente.

Al retirar las ramas tuve delante de mí una visión perfecta del espacio abierto que rodeaba al árbol. No era muy grande, lo suficiente para que una persona le diera vuelta cómodamente, y el matorral se retiraba haciéndole cerco. La luz del día hería la vista si se paraba una y miraba al cielo.

Di un brinco y emergí del matorral. Tenía que enfrentarme con lo que allí había y de pie lo podría hacer mejor que en mi torpe postura a rastras. Junto al árbol, a unos tres metros míos, yacía un bulto alargado, unos insectos pequeñísimos, en gran número, le zumbaban encima; era lo único que se movía.

Un animal muerto, ¿qué otra cosa podía ser? Yo nunca había visto nada muerto, pero lo había oído contar. Siempre tenían los ojos abiertos como desorbitados y la lengua colgando, el cuerpo tieso como un mármol y no oían, no veían, ni tenían miedo (los que miraban al muerto sí tenían miedo), así se quedaban para siempre, muy tiesos e inmóviles.

Me acerqué. Ahí en el suelo no había nada tieso, solo un cuerpo tan chato y flaco que parecía de papel. En un extremo de este, en donde arrancaba el largo rabo, se podían ver los intestinos que se estremecían. La cabeza yacía tendida de lado con las dos grandes orejas muy juntas, pero el único ojo no estaba abierto, era un hueco, y la lengua no pendía del hocico pues este estaba cerrado. Lo único tieso eran los bigotes largos, tersos y brillantes, que partían de la abertura diminuta pegada a la línea fina y corta —en forma de v de vaca— que formaba el hociquito.

Era una vizcacha muerta. Por primera vez veía yo a la vizcacha y la encontraba muerta. Muerta cruelmente sabe Dios por quién. ¿Es que este mundo también sería cruel? Quizás en torno mío se agazapaba el que había matado a la vizcacha de los tiernos bigotitos y la había dejado así abierta.

Ahora tenía que hallar la otra entrada del túnel. Hasta donde había llegado conocía el recorrido, lo que venía era la verdadera aventura, llena de peligros, pero tal vez algo bueno me esperaba al final. ¿Y el animal que había matado a la vizcacha?, ¿sería una serpiente o algún monstruo?, ¿y si me mataba a mí también? No, a mí no me mataría porque yo no podía morir, yo había nacido para la vida y esta todavía no había venido; viene cuando uno llega a hacer algo y yo no había hecho nada todavía.

Recogí un palo seco y duro del suelo y me sentí con coraje nuevo para proseguir mi expedición. ¿El traje?, ¿el mundo de allá?, qué importaban. Nunca más regresaría. Quizás me esperaba lo que debía hacer, quizás ya estaba creciendo y pronto, antes de lo que yo creía, llegaría a ser muy grande. Me enderecé cuanto pude e inspeccioné el tupido matorral.

Allá, a mi derecha, las ramas crecían menos fuertes. Apenas ocultaban a los largos tallos que se cimbraban detrás formando la hendidura del túnel. Las separé y comprobé no haberme equivocado, salvo que el pasaje era mucho más estrecho y bajo. Lo mismo había pasado con el que yo acababa de recorrer y con mi cuerpo lo había agrandado.

Era como una puerta pequeñita, una puerta abierta hacia un pasaje sin nadie, nadie sino yo. Y también era trabajoso retirar la vegetación que lo cubría. La parte alta se hacía compacta al espesarse; los pastos silvestres habían ido cediendo a medida que crecían, doblándose, enredándose. Encima y por entre ellos, las innumerables trepadoras, sin control ni intención, formaban una maleza tupida, pero no imposible de abrir.

Una y otra vez mi mano derecha empujó lo verde y mi izquierda palpó. Era bien oscuro allí dentro, y tan solo que provocaba ser siempre un habitante de esas regiones. Tan solitario, tan libre, que sin duda debía conducir a alguna parte.

Comencé a ascender. Mis manos ya no palpaban grama húmeda, sino piedras que las hicieron sangrar. Tenía que estar próxima al final de mi aventura. ¡Estaba tan fatigada! Las piedras rodaban a medida que yo trepaba, ¿por qué se siente tanto sueño cuando estamos por llegar?

Ya el traje no tenía importancia. Tampoco la sangre. Ese estaba muy roto de modo que sería mejor que lo usara para limpiarme. Me senté. La oscuridad se volvía densa y yo estaba muy sucia. A mi lado observé una especie de lecho en el que se ensanchaba el pasaje. Un descanso de seguro preparado para los expedicionarios. Dudé si echarme pues resultaba bastante pequeño para mí. Me arrimé hasta el fondo. Sí, encogiéndome entraría, por lo demás era mi habitual posición para dormir; solamente las piernas sobresalían. Estas gentes debían ser sumamente pequeñas o esperarían visitantes más chicos que yo. En último caso yo las convencería, les diría que no les iba a hacer daño hablándoles que no era feo que fuese yo tan grande, insistiría que... bueno que... yo quería ir adonde ellos. ¿Y si eran malos? Si no fueran malos no hubiesen matado a la vizcacha.

¿De dónde venía ese ruido? La luz apenas se colaba por entre las ramas. El ruido se repitió como un rastreo sobre la tierra. Mi mano palpó una cosa ovalada, ligera, y la apreté. Sentí un líquido pegajoso que me empapó los dedos. Claro que era un huevo, ¡como si yo no conociera lo que es un huevo! Vaya, era un amigo, una gallina seguramente.

La verdad es que si estaba rodeada por una gallina entonces no había aventura. Se repetía lo de siempre: me había metido en la casa ajena y pronto me cogerían. A correr, pero ¿adónde?, ¿de regreso? No, eso no, nunca más. Seguiría adelante. Yo les explicaría; si se explica a los extraños siempre comprenden.

Me incorporé y seguí trepando. Otra vez el ruido rastreador de la gallina. Ojalá no se diera cuenta de su huevo. Las gallinas son estúpidas y miedosas. Quizás era la misma que había batido sus alas cuando salí al claro en el que encontré a la vizcacha muerta. Pero eso quedaba muy lejos.

El túnel iba volviéndose tan angosto que tuve que echarme boca abajo, pues las ramas eran tan fuertes que ya no podía separarlas. Ahora estaba segura de que ese mundo albergaba a gentes sumamente pequeñas. Ojalá me pudieran ver en mi totalidad. Es cierto que si me daban la vuelta me podrían ver hasta los pies. Mis pies, mis pies sangraban. La culpa la tenían las piedras.

Otra vez la gallina. Son asustadizas y persistentes. ¿Por qué no iba donde sus huevos a sentarse a hacer pollos? ¿Y si era su único huevo el que yo había roto? Siendo uno solo no tenía por qué molestarse tanto. Aunque un huevo debe ser muy importante para una gallina. Mañana pondrá otro y se olvidará. Las gentes se llevan sus huevos y las gallinas no se molestan.

Esta vez el ruido viene muy cerca de mí. Ninguna gallina camina así. Además, las gallinas hacen «clú clú». Esto no es gallina. Esto es otra cosa.

Frente a mí se extendía el túnel tan estrecho y tan bajo que mi cabeza apenas podía pasar por él, pero yo sé que por donde pasa la cabeza pasa el resto del cuerpo; ya lo había experimentado muchas veces. La dificultad era el no poder moverme con rapidez. Las uñas mochas no ayudaban, ¿para qué me comería las uñas? Felizmente no podía ser un monstruo. Los monstruos son enormes y lanzan fuego por los ojos y por la boca, y no había nada chamuscado en ese túnel.

Esta vez lo sentí. Vino después del ruido. Sobre mi pierna izquierda. Pasó cuando la tenía quieta porque trataba de ver frente a mí en medio de la casi completa oscuridad. Se deslizó con un toque leve un cuerpo resbaloso y se fue.

No podía ser una culebra. Las culebras no existen sino en la imaginación, cuando no se puede dormir y se les ve enroscarse. No se había enroscado, luego no había nada que temer.

Seguí adelante. Tenía que estar cerca. Me arrastré sin descanso mientras la noche se hundía en la maleza. La oscuridad no hizo que me perdiera. No tenía sino que seguir el mismo camino y las hierbas se habían ido separando más y más hasta dejarme pasar en cuclillas. Aquello que se había deslizado por mi pierna se había ido. Dicen que los animales salvajes le temen al hombre. Lo que fuera, no era «mi monstruo», era algún animal curioso.

Estaba tan cansada que la cara me dolía, lo mismo que las rodillas, las manos, las piernas.

El monstruo se encontró con la gallina y la pulverizó con su aliento de fuego. Yo quise decirle que la gallina estaba allí porque, por un descuido mío, se le había roto un huevo, pero él me miró con ojos inyectados y extendió una de sus patas que tenía uñas de garra y me alisó el cabello desgredado. Tenía brazo de hombre y garras de fiera, sin embargo, su caricia era tan dulce que yo le dejé hacer sin protestar.

Levanté la cabeza. No vi sino sus ojos idiotas e insensibles de reptil, más arriba de mi cabeza, a pocos centímetros de mi frente. Permanecí hipnotizada con la cabeza ligeramente levantada sobre la tierra donde yacía tendida. Mis manos, ¿dónde estaban mis manos? Ahora no las sentía, las había perdido.

Los ojos sin pestañas no parpadeaban; en la penumbra permanecían suspendidos sin contornos. El silencio me había encajonado: los gritos de las lechuzas y el viento barriendo los campos me llegaban sordamente.

Un aliento fétido cayó sobre mi cara. Eso jadeaba. Sus pupilas hacia arriba dejaban una distancia protuberante y blanca en la parte baja del globo del ojo. No parecían verme y, sin embargo, yo sabía que me observaban.

Las pupilas desaparecieron, pero ahí estaban esperando sin moverse. El aliento fétido se hizo menos soportable. Mis músculos comenzaron a existir, tuve conciencia de mi mano izquierda debajo de mi cuerpo, la derecha crispada sobre la tierra, arañándola, pidiéndole ayuda.

Fue un movimiento instintivo y brutal. Los ojos volvieron a emerger de la penumbra cuando el puñado de tierra se escapó de mi mano cayendo certero sobre ellos. Un bulto enorme me aplastó, buscándome, estrujándome, mientras me debatía tratando de escurrirme. Sus miembros buscaban mis miembros tratando de definirme. El aliento fétido mareaba, me pedía que me abandonase. Hallé una piedra y golpeé, golpeé donde encontraba resistencia hasta que oí el jadeo aminorarse. Seguí golpeando contra algo duro, seguí aun cuando el líquido tibio se deslizó por mis manos, seguí golpeando hasta que no oí ya nada más sino los nítidos chillidos de las lechuzas triunfantes, apaciguando al viento.

Retrocedí. Me encontré de nuevo en el espacio donde se alzaba el árbol ahora transparente contra la luna en el cielo. El bulto de la vizcacha era apenas una sombra junto al tronco. En una mano todavía sostenía la piedra, la otra estaba cerrada guardando un secreto áspero. La luz fría y blanca me mostró unas manos húmedas con manchas de tierra mojada. Levanté mi mano izquierda y la abrí: en el hueco de la palma un pedazo de piel sanguinolenta se sostenía pertinaz a unos mechones lacios y negros que se incrustaban entre mis uñas rotas, violentamente criminales.

De: *La escoba en el escotillón* (1957)

LEYLA BARTET

(Lima, 1950)

Estudió en diferentes universidades las carreras de Periodismo, Lingüística y Sociología. Se ha desarrollado profesionalmente como investigadora y conferencista. Ha publicado en revistas especializadas ensayos de diversos temas académicos, tales como «La guerra del Golfo en la prensa latinoamericana. Una lectura de la arabidad» (1997), «Memorias de Cedro y Olivo. La inmigración árabe al Perú (1885-1985)» (2005), «Las fronteras disueltas. Voces árabes en el Perú, siglos XIX y XX» (2011) y «Miradas Cruzadas: Seis ensayos sobre las relaciones interculturales entre América del Sur y los Países Árabes» (2019). En el ámbito literario, inició publicando el libro de cuentos *Ojos que no ven* (1997). Posteriormente, continúa la línea narrativa con *Me envolverán las sombras* (1998), *A puerta cerrada* (2007) y *El espejo habitado: antología personal* (2014).

DE VACACIONES

...Daemonium habes.
...Ego daemonium non habeo.
San Juan 8: 48-49

Tito está en cama con fiebres altísimas. A nosotros no nos dejan entrar todavía. Queríamos verlo, hacerle morisquetas para que se ría, sacarlo a jugar al bosque y convencerlo de que se quede aquí para siempre, pero no es posible por el momento. Su madre está preocupada, se le ve la angustia en la cara. A cada rato se acerca a la cama para ponerle paños helados sobre la frente. Después sale del dormitorio amarillo con el ceño fruncido y un rictus amargo en la boca. Dos surcos verticales se le marcan en la frente, justo sobre la nariz. Ni siquiera ha notado la columna de hormigas que empieza a llevar pedazos de comida, patas de insectos, alas de polillas y que se abre camino por debajo de la puerta del cuarto. Es una fila negra y movediza, bien visible. En otra ocasión habría corrido a buscar el insecticida para evitar alimañas en la habitación de Tito, pero ahora... está como ida. Claro, nos da un poco de pena verla así, pero ¿qué podemos hacer?

Habíamos visto llegar a toda la familia al inicio del verano. Estábamos escondidos tras los matorrales que rodean la casa y desde allí observamos las idas y venidas al auto, descargando valijas, cajas de cartón, bicicletas, sillas de sol y otros enseres. Tito nos llamó la atención porque parecía inquieto, tal vez asustado. Tomó la mano de una adolescente larga con cara de aburrida y empezó a succionarse el pulgar mientras miraba —como nosotros, pero de cerca— todo el ajetreo de la mudanza. Se demoraron un buen rato llevando los enseres a la casita que —supusimos— habrían alquilado por un par de meses, el tiempo que duran las vacaciones escolares.

Al día siguiente, hacia el mediodía, los vimos dirigirse a la laguna: el padre, la madre, la abuela, los dos chicos y un perro cocker de pelaje rojizo. En la arena pedregosa de la playa instalaron las sillas de sol y un poco más allá, para el que quisiera protegerse, una sombrilla. La madre extendió un mantel a cuadros en el suelo y puso una piedra en cada ángulo para evitar que se volara con el viento. «Precaución inútil», pensé, porque en esos días no soplaba la menor brisa y el calor era insoportable. Tito se sentó a la sombra y permaneció largo tiempo taciturno, mirando las aguas verdosas y tranquilas del lago, como queriendo adivinar el limo de su lecho.

Su hermana, en cambio, se desvistió sin dudar un segundo. Se quedó con un bikini rojo de flores violetas y lucía tan pulposa que las flores parecían a punto de reventar. Nos agitamos mucho en nuestro escondite viéndola chapalear y ejecutar una gimnasia extraña dentro del agua.

—¡Miren mis pasos de ballet acuático! —gritaba.

—Cuidado que no te agarre una corriente fría y te pisme —respondía la madre sonriendo, sin prestarle mucha atención.

—El fondo está lleno de fango, ¡qué asco! Se me pegan los pies y se enturbia el agua —se quejaba, pero no dejaba de estirar las piernas, una y después la otra, hasta su cabeza.

A mí lo que más me gusta de este lugar son los atardeceres al lado del lago. Tras un día de sol, la luz se hace ambarina y le da tonos anaranjados a la piel y a las cosas. Incluso la vegetación parece adquirir nuevos colores. Cuando muere la tarde, las madreselvas exhalan un perfume intenso y los jazmines emborrachan con su aroma acaramelado. Y hasta la menta le presta al aire una falsa frescura que solo se hace certeza cuando empiezan a soplar las brisas de la noche. Aprendí a percibir estas cosas desde que tuve que quedarme aquí. Supongo que a los demás les ocurrió lo mismo, aunque, la verdad, no sé si todos tenemos la misma debilidad por los atardeceres. Todavía recuerdo la puesta de sol del día de la llegada de Tito y su familia a San Esteban: fue hermosa y dorada. Anunciaba semanas de paz, el descanso sereno y alegre del verano.

La primera noche fue casi perfecta, salvo que a eso de las siete vimos aparecer a Gabriel Belial. Llegó al volante de su doble tracción levantando nubes de polvo. Frenó con un ruido seco delante de la puerta. Concluimos que conocía a la familia desde hace mucho porque el padre de Tito lo abrazó y le dio unas palmadas afectuosas en la espalda. Todos salieron a saludar al recién llegado. Gabriel comentó, antes de cruzar el umbral, lo grandes que estaban los muchachos, lo guapa que estaba Raquel. Luego vimos que la luz de la sala se encendía y así se quedó como hasta la diez. A esa hora Gabriel se retiró, no sin antes gritar desde la ventana de su camioneta:

—¡Mañana paso por ustedes para llevarlos a San Cristóbal, ya verán qué simpático es el pueblito! Después se hizo el silencio y los grillos volvieron a cantar su melodía exasperante. Nosotros nos fuimos a dormir escabulléndonos entre los arbustos.

El resto de la semana fue una suma de días iguales. Tratamos de acercarnos a Tito más de una vez, sobre todo cuando daba vueltas por los alrededores como alma en pena y aburriéndose como una ostra. Pero siempre llegaba alguien de la familia en el momento oportuno, lo tomaba de la mano y se lo llevaba. Él parecía disfrutar, en especial, de la compañía de su

hermana Raquel y de las frecuentes visitas de Gabriel, que parecía cada vez más colorado y no paraba de tomar cervezas y contar chistes. Como la televisión no tenía antena aérea los programas entraban muy mal, así que para entretenerse solo podían conversar, jugar a las cartas y pasear. Los chicos habían llevado el Nintendo por si acaso. Pero, cuando venía, las actividades del día las fijaba Gabriel.

A Gabriel lo conocemos todos por aquí. Tiene una próspera finca hacia el sur y dos o tres veces al año viene a controlar que todo camine bien y de paso se da un descansito. Como él mismo dice, cerca al lago se le despeja la cabeza del estrés urbano: «La vida en la ciudad es agotadora», repite siempre. Es un hombrón de unos cuarenta años, de espaldas cuadradas, piel rojiza, cabello abundante y rebelde y unos ojos verdes de puma que a veces son tiernos y a veces feroces. Es muy alegre y le gusta la compañía de los niños. Así que nos pareció natural que se acercara tanto a Tito y Raquel, y que los sacara a pasear con frecuencia. Después de todo repetía gestos de simpatía que le brotaban de modo muy natural.

Una vez, cuando estábamos a punto de abordarlo, una araña picó a Tito. Nosotros estábamos cerquísima de él y vimos al monstruo peludo que se le trepaba por la pierna. Quisimos advertirle pero no hubo tiempo. Se puso a llorar dando alaridos y, claro, el papá, la mamá y la abuela salieron corriendo a buscarlo. Raquel no apareció. No sabíamos dónde andaba, pero la camioneta de Gabriel estaba estacionada en la carretera camino a la casa. Tito estuvo con la pantorrilla hinchada varios días y su abuela se pasó todas las noches aplicándole cataplasmas antiinflamatorias sobre el forúnculo violáceo.

Cuando se curó del todo volvió a pasear por los alrededores del lago, pero como Gabriel y su hermana salían cada vez más sin él, se volvió a poner triste, cada vez más triste. Durante el día se sentaba al lado de la abuela y hablaba un poco con ella. Creo que no le hacían bien esas conversaciones, porque la señora le contaba cuentos de fantasmas y aparecidos que lo asustaban mucho y lo dejaban tembloroso, mirando siempre a sus espaldas como si alguien lo siguiera. Por eso jamás pudimos acercarnos a jugar con él: no queríamos que nos tuviera miedo. La otra noche le contó una historia extraña en la que un ángel se convertía en el señor de los demonios y engañaba a los hombres para llevarlos por las sendas del mal y cocinarse con ellos en el fuego eterno. También le contó otra del dios del tiempo que devoraba a sus hijos. Esa la entendimos mejor: Claro, nos dijimos, el tiempo envejece a la gente, es como si les comiera la piel, los músculos y los huesos. Pero, la verdad sea dicha, las historias de la abuela no eran muy apropiadas para un niño asustadizo como Tito.

Cuando no escuchaba a la señora, jugaba con el Nintendo, pero se aburría muy pronto. Otras veces leía. No alcanzábamos a ver los títulos de los libros, así que nunca llegamos a conocer el nombre de sus autores favoritos. Por el grosor de uno de los libros supusimos que se trataba de Harry Potter (eso dijo uno de nosotros, uno que se incorporó al grupo hace

muy poco). Al menos así se mantenía concentrado en otra cosa que no fueran las historias de muertos de su abuela.

A la hora de la cena, cuando volvía su hermana, se sentaba a su lado en la mesa y ella, cargada de remordimientos por haberlo abandonado todo el día, no evitaba sonreírle cada vez que podía. Tenía una sonrisa muy bonita.

Era consciente de sus dientes rutilantes, de sus labios dibujados con pincel y usaba de su risa como bálsamo para aliviar las penas de Tito. No pudimos enterarnos por qué tanta tristeza. Solo lo vimos contento en una ocasión. Fue el primer domingo que pasaron aquí. Raquel se levantó de excelente humor y dijo que no hacía mucho calor y que el día estaba espléndido para salir a pasear en bicicleta. Tito asintió con los ojos brillantes. Como no sabía manejar, se sentó detrás de su hermana. Ella vestía pantalones cortos y una camiseta de algodón muy breve que le dejaba el ombligo al aire. Tenía ya la piel bronceada por el sol y sus piernas desnudas se movían siguiendo el ritmo regular del pedaleo. Se alejaron por la carretera y se escuchó por un momento la risa de Raquel interrumpiendo el silencio del bosque. Tito sonreía como nunca volveríamos a verlo sonreír.

Una semana más tarde descubrimos que Raquel había empezado a escaparse de la casa todas las noches. La veíamos salir sin hacer ruido como a las once o doce, abrigada con su suéter blanco que parecía fosforescente a la luz nocturna.

Tomaba su bicicleta y se alejaba por el sendero que conduce a la carretera. No la seguimos porque adivinamos a dónde iba. Es curioso, pero muy pronto supimos que las cosas no se podían quedar así. Había como una tensión en el ambiente, un olor a mal agüero en el aire que hasta el perro percibía. Algo se había alterado en el orden familiar y la paz del primer atardecer había desaparecido para siempre.

Una noche, cuando Raquel se preparaba a montar en su bicicleta, el cocker, que era bastante viejo y se la pasaba durmiendo, empezó a ladrar como un loco. Poco después apareció Tito con su pijama de rayas azules, con los ojos muy abiertos por el susto y el pelo revuelto de quien acaba de despertarse. Los padres dormían del otro lado de la casa. Debían tener el sueño de plomo. Tito quiso saber adónde iba su hermana. Ella le respondió con mucha violencia, haciendo muecas muy feas y señalándole la casa.

—¡Vuelve a la cama! —le decía con intensidad, pero sin subir mucho la voz.

—Quiero ir contigo —repetía Tito, aniniándose.

Al final se puso a llorar. Raquel subió a la bicicleta y lo dejó sollozando en la puerta de la casa. Pero avanzó unos metros y dio media vuelta como si se arrepintiera. Se acercó a Tito,

que detuvo su llanto un momento, esperando el cambio de parecer de Raquel. Y entonces escuchamos nítidamente el susurro de su extraña explicación.

—Me voy a ver a una persona que me enseña muchas cosas. Cosas que nadie más que él puede saber, pero no puedes venir conmigo. Es muy peligroso para ti —y agregó como quien le confía un secreto— tiene debilidad por los niñitos como tú. Por eso no te llevo: te puede hacer mucho daño. Sabes que te quiero y no deseo que nadie te lastime.

Tito pareció tranquilizarse, Raquel le dio un beso en la mejilla húmeda y se fue. Nosotros nos quedamos nerviosos. Nos acercamos a la ventana de su dormitorio, hacia la parte posterior de la casa. Conocíamos la luz tenue de su lámpara de cabecera. Y, en efecto, Tito no dormía. Repetía una letanía, en realidad, un poema que adivinamos por el movimiento de sus labios:

La señorita del abanico

Va por el puente del fresco río...

La señorita del abanico y los volantes

Busca marido...

Los grillos cantan por el oeste

La señorita va por lo verde...

No entendimos muy bien qué quería decir, ni quién era esa señorita. Además, había versos que Tito decía muy rápido o vocalizando poco y no alcanzábamos a descifrarlos. Se pasó mucho rato repitiendo el poema hasta que se fue quedando dormido. Solo entonces nos retiramos. Estábamos muy preocupados: Tito había resultado más vulnerable y complicado que cualquiera de nosotros. Mucho más de lo que imaginamos cuando llegaron. Dicen que los niños muy cuidados son así.

Al día siguiente Raquel y Tito se levantaron tarde.

—¡Qué dormilones se han vuelto! —se quejaba la abuela.

—Deben ser los baños de agua tan fresca, el ejercicio, el aire sano del campo. Se cansan más, argumentaba el padre.

Claro, no sabían lo que nosotros sí.

No sé quién sostenía que siempre aparecen detalles que cambian el curso de la historia cotidiana. Todo es excepcional, «dar la mano no es siempre lo mismo que dar la mano y abrir una lata de sardinas no es abrir al infinito la misma lata de sardinas». Tito se pasó la

tarde leyendo tiras cómicas del Príncipe Planeta. Vimos de lejos, por sobre su hombro, que se trataba de un niño tan frágil en apariencia como él mismo, pero muy valiente y capaz de enfrentarse a increíbles monstruos extraterrestres.

Esa tarde no vino Gabriel a visitar a la familia. Raquel tomó su bicicleta después de almuerzo y empezó a pedalear con ansiedad alrededor de la casa. Eso debe haber estimulado la imaginación de Tito.

—Quela tú eras la campeona de bicicross y yo era el jurado que te entregaba la copa ¿ya?

Y procedió a acomodar montículos de leña, ramas de árboles, cuatro o cinco ladrillos formando un murito y hasta una vieja silla desvencijada que encontró en la parte de atrás de la casa. Raquel debía saltar los obstáculos a la mayor velocidad posible, mientras Tito le tomaba tiempo con su reloj cronómetro. Todo ocurrió normalmente: Raquel, que era una buena ciclista, se elevaba por el aire y caía un metro, metro y medio más allá, feliz de demostrar lo bien que conducía. Tito, en cambio, la miraba saltar muy serio, comprobando en el cronómetro la velocidad de su hermana.

—¡Más rápido, Quela, puedes hacerlo en menos tiempo! —le exigía.

No debió asumir el desafío. Era previsible que se rompiera la crisma. Una de las veces que saltó sobre la silla rota, la rueda posterior tropezó con una pata y la bicicleta se detuvo en seco proyectando a Raquel por el aire, un buen trecho más allá. Se lastimó los codos y las rodillas, pero, además, —dijo su papá— tenía un serio esguince en el tobillo derecho que habría de impedirle caminar por unos días.

—Ni soñar con montar bicicleta hasta que estés bien —le dijo.

En ese momento pensamos que se trataba de un simple accidente. Pero ya más tarde empezamos a dudar de que lo ocurrido hubiera sido fruto del puro azar.

Como a la medianoche, a la hora en que Raquel solía escaparse, vimos salir a Tito en su lugar. Llevaba puestas sus zapatillas Nike, las que solía usar cuando hacían caminatas por las sendas más o menos agrestes de la zona. Se había cubierto con una chompa gruesa, de color oscuro para protegerse del frío y su cuerpo se confundía con la oscuridad. Por suerte el cielo estaba despejado, había luna y la claridad nos permitió constatar que tomaba el mismo camino que recorría su hermana cada noche en bicicleta. Tal vez llevaba un recado de Raquel. O quizá solo quería descubrir su secreto.

Tratamos de seguirlo de lejos para que no advirtiera nuestra presencia, no fuera a asustarse. Tras una caminata de casi tres cuartos de hora llegó a un punto en el que debió detenerse. Allí el camino se bifurca y pareció desconcertarse frente a lo imprevisto de la situación. Ladeó la

cabeza hacia la derecha, luego hacia la izquierda, como si escuchase un llamado, una señal. Optó por la izquierda y se adentró en un bosquecillo. Allí le perdimos la pista.

Nos comíamos las uñas de los nervios, pero no sabíamos dónde buscarlo. El bosque es grande y de noche no se ven ni las manos.

Un poco más tarde escuchamos sus gritos ahogados y sus sollozos que alguien calló con un golpe seco. Y luego el silencio.

Nos sentimos culpables por no haberle advertido a tiempo del peligro. Pero ¡era tan raro, tan imprevisible que resultaba muy difícil adivinar sus reacciones! Jamás hubiéramos pensado que se atrevería a entrar —solo y en esa oscuridad— al bosque, lleno de sabe Dios qué bestias.

Hoy el cielo amaneció cubierto. La familia de Tito solo ha advertido su ausencia cerca de las nueve, cuando la abuela se levantó a preparar el desayuno. Se han demorado un buen rato buscándolo. Lo han encontrado recién al mediodía, desnudo, inconsciente, con unas marcas como mordiscos en los hombros, en los brazos y en las nalgas.

El padre y la abuela esperan en la sala. El viejo fuma un cigarrillo tras otro. La madre vuelve otra vez a la habitación de Tito. Las hormigas siguen entrando al cuarto como si fuera su casa. Deben haberse instalado debajo de la cama. Pero ella —que ha entrado a verlo como veinte veces— ni siquiera se percata de sus pérfidos manejos. Solo tiene ojos para Tito. Pero esta vez da un grito agudo, se echa a llorar y llama al padre, a la abuela, a Raquel, que llega rengueando de su cuarto.

—¡Mi niño! ¡Mi chiquito lindo! —solloza la madre.

Ahora sí podemos entrar. Vemos al muerto con los ojos fijos en el techo mientras la mano de su padre le cierra los párpados y una de sus lágrimas cae sobre la piel amarillenta. Extraño color sobre el que destaca el morado de los hematomas moteando su cuello, su pecho, sus brazos. El resto está cubierto por la sábana, pero sabemos, sin necesidad de verlo, cómo han de estar su barriga, las heridas de sus piernas o de sus nalgas, sobre todo sus nalgas. Debe ser mucho peor. ¡Su piel era tan delicada!

Esto no es una deducción. Es una certeza. También conocimos a Belial en el sendero de los caminos que se bifurcan. A nosotros nos pasó lo mismo. Ahora tenemos un nuevo compañero.

Ya podemos jugar con Tito eternamente.

De: *A puerta cerrada* (2007)

YENIVA FERNÁNDEZ

(Lima, 1969)

Licenciada en Bibliotecología por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Ha publicado *Trampas para incautos* (2009), *Siete paseos por la niebla* (2016) y una *nouvelle* titulada *Los ríos de Marte* (2019). Sus cuentos han aparecido en diversas antologías como en *17 fantásticos cuentos peruanos, Vol. 2* (2008), *Disidentes I. Antología de nuevas narradoras peruanas* (2011), *El cuento peruano, 2001-2010* (2013), *El fin de algo, antología del nuevo cuento peruano 2001-2015* (2015), *¡Arriba las manos!, muestra del relato policial en el Perú* (2016), *Como si no bastase ya ser, 15 narradoras peruanas* (2017), *Más allá de lo real. Antología del cuento fantástico peruano del siglo XXI* (2018) y *21 relatos sobre mujeres que lucharon por la Independencia del Perú* (2021). Ha escrito también crítica de cine para la revista *Godard*.

LA PEQUEÑA COMPAÑÍA

La mañana que Gonzalo Terreros llegó a La Florida, un arcoíris se desplegaba sobre el cielo cual enorme cartel de bienvenida, cadena de banderas que celebraban el retorno de su estirpe a la antigua herencia de sus abuelos y promesa coloreada de la vida feliz que lo esperaba. Gonzalo salió de su camioneta y permaneció un momento contemplando los interminables verdes de la campiña, donde la casa hacienda que él había rescatado de los escombros parecía recibirlo con gesto agradecido y cariñoso. Extasiado, invitó a Martha a compartir ese instante, pero ella, que no estaba acostumbrada al clima serrano, prefirió permanecer unos minutos más en el coche. La pequeña María Fe, en cambio, saltó de inmediato del regazo de su madre y, cogida de la mano de Gonzalo, se encaminó dando saltos hacia su nuevo hogar. Sin embargo, apenas hubo traspuesto el muro bajo que delimitaba el perímetro de la hacienda, se aferró a las piernas de su padre y rompió a llorar, presa de un insólito espanto que semejaba el centro de una pesadilla.

Cansada de tanto llorar y sin que sus padres pudieran consolarla, María Fe al fin dormía abrazada a Teddy, su osito de peluche, luego de beber una tisana que la vieja Antuca, sobrina de la antigua cocinera de los Terreros, le preparara en un biberón. Vista así como estaba, con sus gruesas pestañas descansando sobre sus ojos cerrados, Gonzalo comprobó la veracidad de los comentarios sobre el parecido físico entre ambos. Era cierto, su hija tenía el cabello renegrido, la tez lechosa, unas cejas empecinadas y profusas que enmarcaban una carita perfectamente cuadrada (que en el caso de Gonzalo disimulaba con una barba bien recortada), con unos labios extendidos cual dos líneas paralelas. Era curioso, pensó, como esos rasgos que en él se tornaban poco agraciados, en la niña adquirían una suavidad de angelito travieso o, quizá, se rectificó, el cambio sustancial se debía a la pequeña nariz heredada de su madre, y volteó a mirar a su mujer, que cabeceaba sentada junto a la camita de su hija. Martha era otro regalo de la vida. Se habían conocido por amigos en común y, pese a sus reticencias iniciales respecto a entablar una relación con una muchacha tan joven, pronto se vio capturado por sus hermosos ojos azules, que se transformaban en dos profundos lagos cuando sus iris se detenían sobre él, por su piel bronceada de senos redondos como bollos de pan recién horneados, por sus piernas torneadas que por la noche le abrían las puertas a todos sus secretos. Sí, su amor era alimentado por una fuerte pasión que, en lugar de descender en los cinco años que llevaban juntos, se mantenía tan vigorosa como en el primer encuentro; sin embargo, eso no era lo único que lo mantenía a su lado: estaba también su natural candidez, la dulzura de su carácter y aquella devoción hacia él que provocaba que Gonzalo a veces se sintiera culpable, como en ese momento, que la veía

cansada después del largo viaje. Un viaje impuesto por él, con el argumento de la excelente oferta laboral que le ofrecía la minera; pero, más que nada, con la ilusión que le producía hacer realidad el sueño de vivir en el lugar del que tanto hablaban sus abuelos. La Florida era en mi niñez una especie de edén, cuando en mi familia se mencionaba algún hecho feliz siempre estaba relacionado con la hacienda, ¿lo entiendes, amor? Martha entendió, o se dejó convencer, igual que cuando con sus veinte años, dudaba si seguir adelante o no con un imprevisto embarazo, que suponía asumir una responsabilidad tan temprana, y él la abrazó con fuerza mientras decía que nada lo haría más feliz. María Fe era la prueba de que no se equivocó entonces, y la misma convicción lo acompañaba ahora, porque ¿qué podría faltarles en aquella casa remodelada con todas las comodidades, en aquel paraje de pintura de primavera y, sobre todo, estando juntos?

Tras adaptarse al clima y a la casa, María Fe corría por la hacienda sin siquiera recordar la causa de su temor inicial, mientras su padre la observaba sonriente, aunque un poco preocupado: me sentiría más tranquilo si estuviera al cuidado de una nana. En Lima, la niña tuvo una, pero al mudarse Martha consideró que allí no era necesaria, que bastaban Antuca, el jardinero, la muchacha que hacía la limpieza y ella misma para ocuparse de su hija, que con sus piernecitas de cuatro años tampoco podría ir muy lejos, ni abrir la verja siempre cerrada que delimitaba los jardines de La Florida. Además, ¿acaso él no había soñado con que su pequeña fuera y viniera a sus anchas como en el paraíso? Gonzalo tomó asiento en la butaca tapizada en terciopelo al lado de la escalera, dispuesto a gozar de un domingo familiar luego de una semana agitada (la administración del campamento minero absorbía sus días; no obstante, la labor se aligeraba gracias a la camaradería del personal y al buen humor de su adjunto, Juan Ortiz). Le gustaba ubicarse en esa silla, pues desde ese extremo de la sala se abría un panorama compuesto a modo de díptico, por el ventanal que daba al jardín y por el comedor, donde las dos mujeres de su vida se movían absortas en sus quehaceres cotidianos: la pequeña jugando en el pasto con su inseparable Teddy y su esposa colocando flores frescas en el jarrón del comedor o impartiendo órdenes a la muchacha de servicio sobre la disposición de los cubiertos. Ambas eran como soles que lo alimentaban con su energía y su calor. De la cocina llegó el olor del pan; Antuca se lo había prometido la noche anterior y Martha dispuso el horario exacto para que estuviera listo en cuanto él se levantara. Gonzalo se dejó guiar por su aroma, pero su mujer lo detuvo: no hasta estar todos en la mesa; él sonrió al ser tratado como un niño y se dirigió al jardín en busca de su hija. Sin embargo, María Fe ya no se encontraba junto al ventanal de la sala; siguió entonces hasta el rosal cercano y nada, la llamó varias veces, igual. ¿Dónde habría podido ir en tan corto tiempo? Eligió caminar hasta la zona donde antes estuvieron los establos y ahora se erigía una cabaña de huéspedes. La puerta estaba con llave y se asomó a la ventana de manera instintiva: el osito de peluche de la niña estaba tirado en el centro de la sala. En un acto reflejo, otra vez intentó abrir la

puerta y no pudo. Llamó a su hija golpeando el vidrio de la ventana, como nadie contestó, decidió regresar a la casa por las llaves. Al llegar divisó a María Fe sentada junto al ventanal abrazando a su osito de peluche. «¡Papi, he encontrado un conejito!», le dijo su hija echándole los brazos al cuello.

Transcurridas varias semanas, Gonzalo se encontraba en la puerta del mercado del pueblo, de pie junto a su camioneta, esperando a que Antuca y el jardinero regresaran al coche con las compras. Martha le propuso realizar una pachamanca para sus colaboradores de la mina; él hubiera preferido una parrillada, pero a ella le parecía «más bonito algo típico», y él no pudo negarse al escucharla tan entusiasmada. Con todo, lo satisfacía que su esposa, una mujer de sol y playa, apreciara tanto las tradiciones serranas que hasta se animara a practicar algunas, pues, además de la comida, unos días atrás él la había sorprendido escarbando un hoyito en el jardín y, al preguntarle por lo que hacía, ella respondió con una sonrisa de chiquilla juguetona que solo era un pago a la madre tierra. Un par de niñas que pasaron de la mano hicieron que su pensamiento virara hacia María Fe. Si bien le gustaba que la niña disfrutara de un ambiente espacioso, tranquilo, sano, también era cierto que su hija crecía sin la compañía de niños de su edad; Martha no quería volver a embarazarse todavía y él sospechaba que la pequeña resentía la soledad, pues desde el extraño incidente con el osito de peluche (ese asunto no dejaba de molestarlo, ¿cómo pudo aparecer Teddy en manos de María Fe, si hacía dos minutos él lo había visto en la cabaña?) su hija tenía como amigo un conejito imaginario. «Buenos días, don Gonzalo», lo saludó un operario de la mina que paseaba con su familia, a lo que él respondió con una inclinación de cabeza. En ese instante, un anciano vestido en harapos que lo observaba desde una banca se acercó a él golpeándose el pecho con gesto amenazante: «¡A ver, pégueme a mí también, don Gonzalo! ¡*Supay* don Gonzalo!». Él, sorprendido, retrocedió dos pasos, pero el anciano intentó golpearlo y él no tuvo otra opción que enviarlo al suelo de un empujón. Al verlo caído, sintió lástima, quiso ayudar al viejo a levantarse, mas el hombre rechazó su mano y continuó lanzando frases airadas que mezclaban quechua y español.

La carne que salía humeante del fondo de la tierra era colocada por Antuca, bajo la atenta dirección de Martha, en cestas cubiertas de papel manteca, donde junto a papas, choclos y ajíes componían fugaces bodegones andinos que desaparecían de inmediato entre ávidos comensales. Gonzalo no era especialmente afecto a la pachamanca, por lo que Antuca le tenía reservado en la cocina un gran plato de ravioles. Entre tanto, él cumplía su papel de buen anfitrión y paseaba con una copa de vino entre los asistentes, conversando un rato con cada grupo, aunque en realidad hubiera preferido quedarse junto a la media luna de hombres encabezada por Juan Ortiz. Gonzalo estaba al tanto hacía pocos días de la grave enfermedad que aquejaba al hijo de Juan, un niño que vivía confinado en una silla de ruedas, que con trabajos había logrado cumplir seis años y que según los médicos no llegaría a su próximo

cumpleaños. A partir de ese momento, a la estimación que sentía por su amigo se le aunó una franca admiración por la entereza con que sobrellevaba su dolor. María Fe pasó junto a su padre con unas flores en la mano y este la tomó en sus brazos cubriéndola de besos: «¿Y esas flores son para mí?». La niña exigió que la soltara: «Déjame, papi, voy a darle comida al conejito»; Gonzalo obedeció a regañadientes y fue a reunirse con Antuca, que lo llamaba desde la cocina.

—Antuca, ¿dónde aprendiste a cocinar?

—Con mi tía Hermelinda, señor. Usted no debe acordarse, era muy chiquito, pero algunas Navidades las pasé con sus abuelos.

—Es cierto, tengo un recuerdo muy vago de tu tía, pero mi abuela hablaba mucho de ella: decía que ninguna cocinera se le podía igualar.

—Sus abuelos eran muy buenos, señor. Qué hubiera sido de mi familia sin su ayuda.

—Habrían emigrado a la capital, como al final hicieron los más jóvenes.

—Antes no era tan fácil ir a Lima, señor. Acá muy pocos hablaban español, nadie tenía familia en la ciudad y la gente tenía miedo.

—Pues entonces hubieran trabajado la tierra. Yo habría sido feliz siendo agricultor. ¡Esta tierra es maravillosa!

—Acá la tierra es bonita, pero no es buena, señor. Demasiados árboles secan la tierra para las cosechas. Aquí solo es pasto para las vacas y los que no tienen vacas la pasan muy mal.

—Caray, no lo sabía. Aquí hay vacas por todos lados. Pensé que todos las criaban.

—No, señor. Las vacas son caras. Antes solo los Terreros tenían ganado. Los demás éramos todos muertos de hambre.

—Mis abuelos tenían trabajadores, pastores, pero les cedían tierra de cultivo, les pagaban un jornal

—Señor, aquí la tierra solo da pasto y el jornal no era más que crédito en el almacén de sus abuelos.

—¿Estás diciendo que mis abuelos los explotaban?

—No, no, señor. Dios me libre de decir algo así. Lo que pasa es que acá los hombres se dan mucho al alcohol y a fin de mes se iban todos a beber a la tienda de sus abuelos hasta quedarse endeudados... Su familia fue muy buena con nosotros.

Se produjo un largo silencio, en el que Gonzalo reparó en los ojos verdes de Antuca y en los muchos ojos verdes que proliferaban en la zona.

—Antuca, ayer, cuando tú saliste del mercado, había un viejo que gritaba y me insultaba, ¿recuerdas? ¿Quién es? ¿Qué decía en quechua?

—Era un borracho, señor. Usted no le haga caso.

—Pero quiero saber qué decía.

«Amor, ¿terminaste de comer? Te estaba buscando». Martha entró en la cocina y se instaló junto a su esposo, acariciándole el cabello: «No me vas a creer. Tu amigo Juan Ortiz estudió en el mismo colegio que yo, solo que, cuando yo entré a inicial, él iba a primero de media. Ven, vamos a conversar con él». Gonzalo se dejó llevar de la mano por su mujer.

Un conejo de carne y hueso, blanco como trozo de nube, de nariz rosada y orejas caídas. Gonzalo compró la mascota con la idea de que su hija tuviera una compañía y dejara la manía de hablar de un conejito ficticio, pero había pasado una semana y María Fe continuaba jugando y conversando con el animal imaginario, sin hacerle ningún caso al real, que siempre vagaba solitario en el jardín. «A ver, princesa, vamos a jugar un rato con el conejito». «No, papi, él no es conejito, él se llama Hugo». «Está bien, con Hugo. Hugo está triste porque tú nunca juegas con él», dijo Gonzalo al acercar el conejo a su hija para que lo tocara. La niña aceptó acariciarlo, aunque él se dio cuenta de que lo hacía solo por complacerlo. Comprar la mascota fue un error, reconoció Gonzalo, un perro quizá hubiera sido una elección más acertada, aunque mejor aún habría sido ir a la tienda con la propia María Fe para que ella escogiera el que más le gustara, porque, después de todo, cómo saber si el conejito que ella se había inventado tenía en verdad forma de conejo y no de gato, perico o ratón. «Princesa, ¿cómo es el conejito, grande, chiquito, cómo es?». La niña alzó la mano a la altura de su cabeza, luego extendió ambos brazos y dijo: «El conejito vuela, papi, vuela». «Ah, es como un pájaro», respondió él, a lo que ella negó con la cabeza, mientras se ponía de pie tirando de la mano de su padre para que la siguiera hasta su habitación. Una vez dentro, María Fe sacó un cuaderno de dibujo: «Mira, papá, así es el conejito». Gonzalo levantó una ceja: la niña, pese a ser tan pequeña, tenía mucha habilidad para el dibujo; no obstante, aquella especie de mono negro, alado y con orejas puntiagudas, no se parecía en nada a un conejo. Suspiró. No le gustaba que su hija fantaseara con algo tan feo.

«Toñito ha recaído», dijo Juan Ortiz. Luego aspiró profundo, cogió con fuerza un lapicero y permaneció en silencio mirando el teclado de la computadora. Mientras conducía su camioneta de regreso a La Florida, Gonzalo no podía alejar esa imagen de su mente. ¿Cuánto dolor era capaz de soportar un hombre? Era la primera vez que había visto flaquear a Juan desde que

lo conocía. Bastó una llamada telefónica para que en la fachada de seguridad que su amigo presentaba ante el mundo se abriera una grieta profunda que dejaba entrever la fragilidad de sus cimientos. «Toñito ha recaído», fue lo único que dijo al colgar el teléfono, y fue suficiente. Gonzalo también era padre e imaginaba el tormento que debía suponer presenciar cómo se apagaba la vida de un hijo; yo no podría soportarlo, me volvería loco, sería capaz de cualquier cosa, se dijo. La paternidad produce un cambio en las personas, pues antes del nacimiento de María Fe los niños que pedían limosna en los semáforos o los que se peleaban por lavar su auto nunca despertaron en él más que una ligera incomodidad; ahora, en cambio, no podía dejar de compadecerse y experimentar una cierta culpabilidad por no hacer nada por esas criaturas tan indefensas como su propia hija. Por eso también le resultaba tan próximo el sufrimiento que pesaba sobre su amigo. Martha lo recibió en la entrada de la casa: «Hola, amor, ¿y esa cara?». Gonzalo le contó lo sucedido en la oficina. «Eres un sol, Gonza, hiciste bien en darle unos días libres; el pobre no tendrá cabeza para pensar en nada más que en su hijo». En ese instante entró en la sala Antuca, cargando a María Fe. «¡Princesa!», exclamó su padre al verla, e hizo un gesto para que la cocinera la depositara en sus brazos. «Toma, papi, esto es para curar a Toñito», dijo la niña tendiendo hacia su padre una antigua moneda de cinco centavos. «Princesita, ¿quién te ha dado esto?, ¿quién te ha contado de Toñito?». «El conejito», contestó su hija, «el conejito dice que si lo pones en su cama Toñito se cura». Gonzalo, intrigado, miró alternativamente a su esposa y a Antuca: ambas mujeres se encogieron de hombros. «Está bien, lo podré en su cama, pero juega también con Hugo o con Teddy, ¿sí?», dijo dirigiéndose a su hija y guardando la moneda en uno de los bolsillos de su pantalón. «Ahora, ¿quieres un poco de helado?». «¡Síííí!», respondió ella. «Antuca, sírvele un poco, por favor». La empleada asintió y se llevó a María Fe a la cocina. Cuando Gonzalo y Martha se quedaron a solas, él la interrogó sobre el modo en que la niña podría haberse enterado de la enfermedad del hijo de Juan Ortiz. No estaba bien que la pequeña llenara su cabecita con pensamientos tristes, ni que siguiera con esa cantaleta del conejito imaginario. Martha se mostró de acuerdo con él en su preocupación porque la niña no se involucrara con el drama del amigo de su esposo. De ahora en adelante sería mejor tener cuidado de no mencionar nada en presencia de ella. María Fe era muy despierta y seguro había oído hablar del asunto, pero le restó importancia al tema del conejito: «Los niños suelen inventar amigos imaginarios, una pequeña compañía para sus juegos; es normal», expresó.

La alegría y la seguridad habían regresado al semblante de Juan Ortiz, incluso hasta podría decirse que se le notaba más joven. La repentina curación de Toñito era un milagro que dejaba atónitos a los médicos. Gonzalo también estaba asombrado. Martha había insistido tanto en ir a visitar la casa de Juan para demostrarle su solidaridad que él terminó por aceptar, a pesar de tener la certeza de que ningún gesto o palabra le brindarían algún consuelo a su amigo y que, por el contrario, ambos se sentirían tristes y abatidos. Tenía razón: la visión de un niño

moribundo es la imagen más dolorosa que alguien pueda soportar, pensó Gonzalo, al recordar el aspecto demacrado e inconsciente de Toñito; quizá por eso, ante la impotencia de no poder hacer nada por aliviarlo, depositó bajo su almohada la antigua moneda que María Fe le había entregado. Lo hizo a modo de despedida, como un lenitivo para consigo mismo y se olvidó de ello enseguida. No obstante, luego de la prodigiosa recuperación del hijo de Juan, aquel asunto le parecía un hecho curioso y digno de compartirse. Martha lo escuchó muy atenta: «Es posible que Dios le concediera el milagro a nuestra hija». Gonzalo sonrió incrédulo: «Lo que siento es haberle pagado a Dios con esa moneda, era de 1935»; pero su esposa lo miró enojada: «No te burles, los ángeles se comunican con los niños porque son criaturas inocentes, puede que un ángel dejara la monedita por allí para que la bebé la encontrara». Gonzalo abrazó a su esposa: «No imagino a un ángel regalando dinero; por cierto, cada vez que le preguntó de dónde la sacó, María Fe me responde que se la dio el famoso conejito». En ese instante la niña entró en la sala, tenía el cabello revuelto, la cara mojada y estaba sucia como si se hubiese revolcado en la tierra. «¡Hijita! —ambos padres corrieron hacia ella—, hijita, ¿qué te ha pasado?». La pequeña entonces rompió a llorar abrazando a su padre: «Papi, el conejito es malo, malo, malo».

María Fe no quería salir al jardín, permanecía dentro de la casa, jugando con Teddy y con Hugo, el conejo real, a quien parecía al fin haber tomado cariño. Habían pasado dos días desde que apareció sucia de tierra y culpando al «conejito» de pegarle y jalarle los pelos, y continuaba fiel a su versión de los hechos. Gonzalo intentó entonces preguntar de otra manera: «Dices que te pegó porque no quisiste ir con él, ¿adónde quería llevarte el conejito?». «A su casa, papi. El conejito vive en un huequito en el jardín». La pequeña aceptó, temerosa, llevar a su padre hasta el lugar. El agujero se encontraba justo detrás de la cabaña de huéspedes. Un espacio abierto en la tierra de no más de diez centímetros de diámetro, cuya boca se hallaba oculta por el pasto. En efecto, el hoyo parecía la madriguera de un roedor. Gonzalo ordenó al jardinero que cavara profundo y después de un rato de trabajo lo único que descubrieron en el agujero fue un viejo y oxidado grillete. Extrañado por el hallazgo, Gonzalo interrogó a la servidumbre por aquel objeto. Antuca y el jardinero dijeron no saber nada al respecto. Solo la muchacha de limpieza recordó antiguos rumores sobre calabozos en la hacienda: decían que los patrones encadenaban a la gente cuando alguien se portaba mal. «¿Qué estás diciendo? Explícate», la interrumpió Gonzalo, indignado. «Ella sabe, señor», repuso la chica señalando a Antuca, pero calló de inmediato al encontrarse con la mirada de reproche de esta, quien volteó a mirar a Gonzalo para decirle: «No es cierto, señor. La gente dice tonterías». «Vamos a ver —se tranquilizó Gonzalo—, ¿quién dice eso, a qué se refieren cuando dicen que los encadenaban cuando se portaban mal?». La muchacha guardó silencio con la cabeza baja, y Antuca tomó la palabra: «Señor, la gente inventa cosas. No haga caso». «Si dicen eso, debe ser por algo. Cuéntenme», pidió

Gonzalo. No obstante, la muchacha se negó a hablar y Antuca continuó diciendo que todo eran inventos y tonterías.

El hijo de Juan Ortiz se encontraba plenamente restablecido, inclusive podía caminar. Gonzalo se sentía contento por su amigo, pero contrastaba la radiante vitalidad de Toñito con el giro operado en María Fe. No se trataba de su salud, sino de un evidente cambio en su carácter, pues de ser una niña alegre y habladora, que corría a sus anchas por la hacienda y jugaba con sus muñecas, había pasado solo a jugar de vez en cuando con Hugo, a hablar únicamente si le preguntaban, a reír cada vez menos y a recluirse en el interior de la vivienda, pegada a sus piernas o las faldas de su madre; en suma, se había convertido en una criatura callada e insegura, que temía quedarse sola en cualquier lugar. La mutación se había ido dando de manera progresiva hasta agravarse hacía poco. La pequeña llevaba dos noches despertando, presa del llanto, a causa de horribles sueños en los que, según contaba, el conejito (otra vez el maldito amigo imaginario) entraba a su habitación por la ventana y la arrastraba de los pelos para llevársela consigo. De nada sirvió que Gonzalo le mostrara el bonito arbusto plantado en el lugar donde antes estuviera el agujero que ella identificaba como la morada del conejito, la niña insistía en ver allí el hoyo por donde al oscurecer, aquel animal de su imaginación salía a buscarla. Ambos padres discutieron el asunto, Gonzalo era partidario de llevar a la niña a un psicólogo y Martha de acudir primero a la iglesia para que el sacerdote bendijera a su hija. Al final decidieron hacer ambas cosas.

El psicólogo del pueblo estaba de vacaciones en Lima, pero no lo echaron en falta, pues a la mañana siguiente de que el anciano cura de la parroquia del pueblo juntara las manos de la niña para rezar con ella un par de padres nuestros y rociara sobre su cabecita un chorrito de agua bendita, María Fe había vuelto a ser la misma de antes. Era increíble, pensaba Gonzalo, mientras silbaba una canción y se encaminaba al estacionamiento de la compañía para regresar a La Florida. Aunque se consideraba un agnóstico, no podía dejar de agradecer a la fe, al cura, o a Dios, si existía, el positivo efecto sobre su hija. Tal vez, se decía, existían fuerzas más allá de los dictados de la razón. Al llegar a su camioneta se detuvo a contemplar el cielo rojizo sobre las verdes montañas. Lo único que lo entristecía un poco en ese momento era la repentina muerte de Hugo, a quien al regresar de la iglesia con María Fe encontraron en la puerta de la cabaña de huéspedes, preso de convulsiones y babeando sangre. ¿Tenía todas sus vacunas? Debió envenenarse con algo. De cualquier manera, tuvieron cuidado de que María Fe no lo viera. En fin, se dijo, e ingresó a su camioneta. Se sentía afortunado, su hija era de nuevo una niña alegre y vital, su mujer era hermosa y lo amaba, y él avistaba un promisorio desarrollo profesional en la mina, además de haber conseguido regresar a vivir a la hacienda tan añorada por sus abuelos. Una vieja frase de su abuela iluminó su mente con la velocidad con que se enciende y se apaga un cerillo: nadie puede tener todo en la vida. Pero sonrió: su abuela se equivocaba.

En La Florida, Gonzalo se extrañó de ver todas las luces apagadas y de que nadie saliera a recibirlo. Recordó que Martha pensaba ir a visitar al cura llevándole unos melones del huerto y se dirigió entonces a la cocina para pedirle a Antuca un vaso de leche; sin embargo, no la encontró en la cocina. Fue al cuarto de servicio y tocó varias veces hasta que la cocinera le abrió la puerta, bostezando y vestida con una bata: «Disculpe, señor, me dolía mucho la cabeza y le pedí permiso a la señora para descansar un rato». Gonzalo le preguntó por los demás. La empleada respondió que era el día libre del jardinero y la muchacha de limpieza. Gonzalo lo había olvidado. «¿Y sabes adónde ha ido mi esposa?». Antuca replicó que no sabía que la señora hubiese salido. Gonzalo marcó el número de su mujer: «Martha, ¿dónde estás?». «Con el padre Domingo, amor, le traje unos melones. ¿Ya se despertó la bebé?». «¿Cómo? ¿No la llevaste contigo?». «No, Gonza, la dejé dormidita en su cuarto». María Fe no se hallaba en su recámara, ni en ninguna de las otras tres habitaciones del segundo piso, tampoco en la sala, el comedor, la cocina o el ala de servicio. Gonzalo llamó a la cocinera para que lo ayudara a buscar a la niña. La mujer revisó el interior de la vivienda y él hizo lo propio con el exterior. La oscuridad de la noche era un obstáculo que impedía la total visibilidad del enorme jardín, pues las farolas colocadas como objetos ornamentales no alcanzaban la integridad de sus confines. Gonzalo atravesó el rosal y el huerto provisto de una linterna y no encontró nada; la zona del columpio, nada; el área de la parrilla, nada; penetró en la cabaña de huéspedes, vacía. Regresó a la casa. Antuca tampoco tenía buenas noticias; entonces decidió enviarla al jardín, en tanto él se quedaba esta vez en la casa. No quería perder el control, pero las sienas le latían. Examinó cada uno de los dormitorios, debajo de las camas, detrás de las cortinas, en los clósets; después, por segunda vez, se abocó a inspeccionar el primer piso. El ala de servicio se componía de la lavandería, dos dormitorios y un baño; el cuarto de Antuca era el único donde no había entrado. La habitación era tan pequeña que le bastó una mirada para saber que su hija no se encontraba allí; no obstante, casi por cumplir, decidió abrir el ropero. Entre la ropa estaban colgados varios vestidos muy antiguos de satén y seda. Gonzalo descolgó uno de ellos por mera curiosidad y el movimiento de la ropa provocó que cayeran del interior del armario una pequeña caja de madera y un zapatito rojo, era un zapatito de María Fe. Extrañado, Gonzalo vació el contenido de la caja. Había muchas fotografías amarillentas, imágenes de sus abuelos en distintas partes de la hacienda. En una de ellas su abuelo aparecía sosteniendo lo que parecía un puñado de monedas. Estaba de pie junto a una niñita india encadenada de pies y manos. Gonzalo guardó la foto en su bolsillo, recordó a su amoroso abuelo y quiso pensar que aquella estampa debía tratarse de alguna broma para su abuela. Antuca regresó con las manos vacías y Gonzalo le exigió que le explicara por qué guardaba en su ropero un zapatito de su hija, a lo que la mujer respondió que no sabía cómo había llegado aquella prenda a su ropero, que tal vez la propia niña lo dejó allí cuando iba a jugar. Gonzalo no podía pensar con claridad, las manos le temblaban, quizá de la cocinera tenía razón y estaba perdiendo un tiempo valioso. Martha llegó a la casa en ese momento y ambas

mujeres se trenzaron en una discusión, pues su esposa afirmaba que Antuca le dijo que solo descansaría unos minutos, por lo que ella, confiada, dejó a su hija en su cama, mientras que la empleada alegaba que la señora jamás mencionó que pensaba salir de la casa. Gonzalo tuvo que intervenir para que su mujer, tomada por la desesperación, no agrediera físicamente a la cocinera. Después, Martha y Antuca empezaron a llorar por separado.

Juan Ortiz acudió a la hacienda al enterarse de lo sucedido y, mientras la policía registraba la propiedad, se ocupó de que Martha bebiere un calmante al notar que la mujer de su amigo había pasado de largos sollozos a un arrancarse girones de cabello con un llanto silencioso. El comisario, con media docena de agentes y dos perros, tampoco halló rastro de la pequeña, ni pista alguna; lo único fuera de lo normal en La Florida era un arbusto arrancado de raíz detrás de la cabaña para uso de las visitas: «¿Usted sabe algo?». Gonzalo creyó que cualquier cosa podría ser importante para la policía y, aunque creía que era una tontería, empezó a exponer el tema del miedo de su hija al conejito imaginario. El jefe de policía escuchó su relato masticando un chicle, pero tomó nota de todo lo referido al asunto del descubrimiento de un zapatito de María Fe en el ropero de la cocinera, por lo que los oficiales concentraron su atención en interrogar a Antuca, que tartamudeaba y no era capaz de explicar por qué tenía en su poder aquel objeto. Cuando Gonzalo, con la cabeza baja, al fin se decidió a mencionar y mostrar la foto amarillenta que guardaba en su bolsillo, el comisario optó por interrogar a Antuca en la delegación policial: «Con esta gente resentida nunca se sabe, pero en la comisaría no podrá ocultarnos nada. ¿Usted quiere acompañarnos?». Gonzalo aceptó ir con ellos, no sin antes encomendar el cuidado de Martha a Juan Ortiz.

La manera en que los oficiales interrogaban a Antuca, le pareció abusiva. ¿La policía actuaría del mismo modo con un sospechoso que conociera sus derechos? Gonzalo presenció aquel cargamontón de acusaciones con una mezcla de vergüenza y ansiedad, mas cuando la cocinera, entre sollozos, solo pudo ofrecer una respuesta a la fotografía de su abuelo, Gonzalo abandonó la delegación convencido de que Antuca se había vuelto loca o que, igual que los torturados por la inquisición, era capaz de inventar cualquier cosa para que dejaran de acosarla.

La casa hacienda se hallaba envuelta en las tinieblas. Gonzalo encendió las luces y tomó asiento en la sala: ¿y si María Fe estuviera escondida, si al ver la casa llena de extraños se asustó y no se animó a salir? Comenzó a llamar a su hija a grandes voces. Luego de un rato se detuvo, despertaría a Martha. ¡Martha! No había pensado en ella. ¿Dónde estaba Juan Ortiz? ¿Se marchó y dejó sola a Martha? Trató de serenarse antes de ir a la recámara donde dormía su esposa: debo infundirle calma, no desesperación, se dijo. La alcoba estaba vacía, bajó la escalera despacio, no tenía fuerzas para pensar adónde podrían haber ido Martha y Juan Ortiz. Sentía un peso en su garganta, la presión de un aro de metal estrechándose sobre su cuello. Cerró la puerta con cuidado y se lanzó a correr, corrió como si en cada paso dejara

atrás lo sucedido, como si al final del camino su hija lo esperara sonriente, hasta que el leve sonido de las voces de Martha y Juan Ortiz lo obligaron a detenerse. Una débil luz brillaba detrás de la cabaña de huéspedes. Se acercó sin hacer ruido y lo que vio trajo de inmediato a su mente lo que Antuca le respondió a la policía sobre el retrato amarillento de su abuelo: los patronos raptaban niñas para ofrecerlas al diablo, señor, eran como demonios.

De: *Siete paseos por la niebla* (2015)

REESCRITURAS
APOCALÍPTICAS



ADRIANA ALARCO DE ZADRA

(Lima, 1937)

Poeta, narradora y traductora. Ha publicado libros de geografía, obras teatrales y cuentos en español e italiano. Sus relatos de ciencia ficción han sido publicados en antologías, revistas y *fanzines* de España, México, Perú y Argentina. Entre sus obras destacan *Perú, el libro del viajero* (1978-1981), *Teatro, 4 obras premiadas* (1983), *Perú, el libro de las plantas mágicas* (1988 y 2000), *Brújula para niños* (Ecuador, 1990), *Perú, los minerales maravillosos* (1992), *Omagua e le ombre consigliere della selva amazzonica* (Italia, 1995), *La saggia scimmia mashin e altre leggende della selva amazzonica* (Italia, 1995), *Teatro didáctico* (1996), *Leyendas de oro del Perú* (1996), *Las Aventuras Mágicas de Brujilda, cuentos ecológicos infantiles* (2006), *Teatro Infantil y Juvenil* (2011) y *Aspri mondi, personaggi insoliti* (Italia, 2017).

METEORITO

Sobre la corteza del planeta cayó un bólido. Los aldeanos lo observaron desde el pueblo al momento de cruzar el cielo. El objeto dejó una estría luminosa en el firmamento, al mismo tiempo que se producía un sismo de considerable proporción. Se abrió la tierra, se alzó una polvareda increíble y se estremeció el suelo en los alrededores. La gente del lugar observó sorprendida cómo se verificaban desmoronamientos en los terrenos adyacentes. Se culpó del desastre al meteorito inesperado que nunca se encontró. Lo buscaron entre los basurales circundantes, pero ninguna roca les hizo pensar que fuera un objeto diferente y espacial.

Los campesinos creyeron que el meteorito había producido rajaduras profundas y no se atrevieron a investigar cuevas ni honduras.

—¡Quizás qué espantos brotarán luego, desde adentro del mitológico caído del cielo!
—se oyó comentar.

Al poco tiempo olvidaron el hecho y los agujeros abiertos en la zona periférica del pueblo, entre basurales y abrojos, se fueron llenando otra vez de tierra, maleza y piedrecillas.

Muchos días después, en la honda oscuridad, escapó de su escondrijo entre las rajaduras de la roca espacial, una espora que voló en el ambiente de una cueva subterránea. Era un minúsculo trozo de vida que deambulaba por el recinto oscuro. No era nada conocido allí donde se encontraba, pues era insólito, único, especial, inexplicable.

Poco a poco, la humedad favoreció su crecimiento amorfo y veloz. Comenzó a parecer un embrión rudimentario que fue desarrollándose hasta que pudo pegarse a las paredes de la cueva. Meses después subió lentamente hacia la luz que se percibía al final del túnel en la superficie. Una mancha informe trepaba por las paredes hasta que finalmente se aproximó a la salida bajo el resplandor de una luz increíble y se desparramó en la boca de la caverna.

No tenía conocimientos sobre lo que debía hacer. Estaba desarrollando su intuición y sensibilidad, adquiriendo conocimientos de la atmósfera que lo rodeaba, tratando de olfatear, percibir, palpar y probar. Debía buscar alimento, fuera de las primitivas sustancias que había devorado en las profundidades, para seguir creciendo. Las formas de vida son infinitas, pero este ser escapado del metal de un meteorito llovido desde lo alto, presentaba bajo la luz del sol un aspecto extraño, fascinante, inesperado.

Su formato irregular, sin semblante ni fisonomía, aparecía como el de un ser blando y palpitante de color cambiante. Excretó líquido morado y se movilizó por el nuevo paraje. La

atmósfera lo calentaba y protegía sus sistemas biológicos mucho mejor que el lugar de donde provenía. Se sintió cómodo bajo la luz inusitada y empezó su lenta actividad y desplazamiento para encontrar lo que le hacía falta absorber para desarrollarse. Recorrió superficies rugosas y suaves, húmedas y secas. Encontró sustancias dulces, amargas, ácidas; asimiló algunas, escupió y expulsó otras de su materia intrínseca que se iba volviendo esponjosa.

—¡Debo sobrevivir! ¡Soy el único que queda de mi especie! —intuyó con las fibras más profundas de su ser.

Tomaba el color del suelo donde se movilizaba y pasó desapercibido a los otros seres vivientes que poblaban el planeta donde había llegado después de la terrible explosión. En las cercanías escuchaba rumores, sonidos extravagantes, armonías, y disonancias. Se deslizó y percibió matices claros y oscuros, humedad y calor, señales, movimiento y savia vital. Desplegó cartílagos en vez de huesos y siguió expandiéndose. En ese mundo que estaba experimentando, empezó a sentir paz y contento en lo más profundo. No advertía estallidos, ni calores infernales, ni peligros inminentes. Podía estar tranquilo, pensó. Era ya maravilloso poder elaborar ideas y desarrollarlas en beneficio de su supervivencia.

Así transcurrió su vida amorfa e irregular, sustrayendo gotas y savia de la tierra y de las sustancias que tocaba. Pasado mucho tiempo, cuando ya se sentía partícipe de este universo nuevo que lo rodeaba, percibió que un sujeto espeluznante y agresivo se acercaba y aspiraba su olor. Otras veces, al cubrirle la sombra de otros seres, se encogía y nadie se percataba de su organismo mimetizado. Este, sin embargo, era grande y cruel, voraz y feroz, además de perspicaz. Como no era rápido en sus movimientos, el agresor pudo seguirlo, husmearlo, lamerlo, examinarlo y después de un profundo análisis, se lo tragó de un bocado.

—¡Rex! —gritó una niña buscando a su perrito—. ¿Dónde te has metido? ¿Qué comes? ¡No debes engullir bichos desconocidos! ¡Te puedes envenenar! ¡Ven, ven, ven aquí, perrito!

Al día siguiente, Rex estaba muerto. Encontraron su esqueleto y su piel sin entrañas, devorados sus interiores por algo inexplicable, inconcebible.

Nadie adivinó que un ser de otros mundos había tragado a quien lo engulló. Una mancha amorfa siguió creciendo en la periferia donde había caído un meteorito. Quienes pasaban por las cercanías no se percataban de la masa informe que se abrazaba a las piedras del terreno y que seguía avanzando lentamente hacia el movimiento, hacia el rumor, hacia las esporádicas luces, con tesón, ansiedad y malignas intenciones de devorarlos.

El ambiente de este nuevo hogar lo hacía crecer rápidamente asimilando la potencia de los otros y esperaba a que llegara el momento de dividirse, de procrear y de arrasar con todo lo que tuviera energía vital. Podía considerarse un ser en expansión. ¡Había descubierto que

en este lugar donde lo trajo el destino, disponía de una infinidad de provisiones con qué alimentarse! Y se regocijó por su buenaventuranza.

De: *Universos en expansión. Antología crítica de la ciencia ficción peruana: siglos XIX-XXI* (2018)

TANYA TYNJÄLÄ

(Callao, 1963)

Docente y escritora de relatos fantásticos y de ciencia ficción. Ha publicado *La ciudad de los nictálopes* (2003), *Cuentos de la princesa Malva* (2008), *Lectora de sueños* (2012), *Sum* (2012), colección de microrrelatos y poemas, *(Ir)realidades* (2017) y la novela juvenil *Ada Lyn* (2018). Sus textos han sido premiados y difundidos en diversos países. Uno de sus cuentos fue incluido en la reconocida antología de narradoras titulada *Insólitas* (2019). Además de su labor como escritora, forma parte del equipo de *blogs* de Amazing Stories y es corresponsal del Science Fiction Awards Watch. Asimismo, es representante de la Red de Escritores en Español (REMES) y de la Unión Hispanoamericana de Escritores (UHE) en Finlandia.

No fue como en las películas, nadie se lo esperaba así.

Todo empezó con el gran descubrimiento del siglo: la cura para la gripe. Además está contar el revuelo, el premio Nobel, el orgullo que sintió la raza humana, invencible, dominándolo todo, con el mundo en sus manos... nada de eso importa ahora.

Pues la naturaleza tenía otros planes: el virus mutó con resultados catastróficos. Los violentos síntomas adicionales jamás observados hasta ese momento, sorprendieron a todos. Lo que empezaba como una gripe normal, degeneraba en solo horas dejando a los enfermos en un extraño letargo. Parecían no entender nada de lo que se le decía, tenían grandes dificultades para articular, la piel se les fragilizaba al punto de que la más mínima manipulación les causaba laceraciones que no cerraban y de las supuraciones salía un espantoso olor a podredumbre. Ningún tratamiento daba resultado y los infectados seguían descomponiéndose día a día ante los desesperados ojos de sus familiares. Y luego estaba el hambre. El síntoma más angustiante de este nuevo virus era el apetito descomunal que poseían los afectados. Nada parecía calmar su hambre. Incapaces de hablar, solo se limitaban a pedir entre gemidos y suspiros más comida.

Pronto la prensa amarilla habló de «zombis» y el pánico general se armó. Algunos encerraron a sus familiares en el sótano de la casa, otros los eliminaban cortándoles la cabeza (como los «expertos» aconsejaban). Fue un espantoso momento el vivido. Sin embargo, no duró por mucho tiempo.

Los enfermos manifestaban un hambre imposible de saciar, pero no les interesaba para nada comer el cerebro de sus familiares, ni siquiera tocaban a las mascotas. Así pues, el que era omnívoro antes de caer enfermo, seguía siéndolo y el vegetariano, igual. Los familiares fueron sacados de los sótanos y los que ya no tenían enfermos en la familia preferían evitar hablar del asunto.

Pero el hecho de ser un virus altamente contagioso igual hacía mirar a los infectados con miedo. Todos vivían acechando la más mínima tos del vecino, la más pequeña mancha sobre la piel. Y todos se desvivían por calmar el hambre de sus familiares enfermos. No trataban de atacarnos furiosamente, no gruñían o arañaban, solo lloraban.

El llanto era insoportable, únicamente se calmaba cuando tenían la boca llena. Pronto los víveres empezaron a faltar y no había territorio en el mundo que estuviese libre de la

enfermedad. Nada de «ayuda humanitaria» para ningún país. Todos tenían suficientes problemas tratando de alimentar a su población.

Para colmo, el mal olor de los enfermos era inaguantable, parecía como si se descompusieran en vida. Eso hizo que algunos científicos volvieran a hablar de «apocalipsis zombi», aunque claro, nada como lo visto en las películas. Pero igual se puso en duda que los enfermos tuvieran vida y se habló de proteger a los «sobrevivientes». Total, si ya no estaban vivos, ¿por qué entonces sacrificar nuestros cada vez más escasos recursos con ellos? Alegando que igual eran una amenaza para el mundo algunos gobiernos propusieron «eliminar» a los infectados. Muchas personas reaccionaron violentamente. Eran nuestros padres, hermanos, hijos de los que se hablaba, ¿cómo se atrevían a pensar en eliminación? Entonces se optó por dejarle a la familia la decisión de qué hacer con sus enfermos. Unos entregaban voluntariamente a sus «zombis», otros juraron ocuparse de ellos hasta el final.

Mi madre fue una de esas personas. Cuando papá se enfermó, aún se hablaba de zombis come-cerebros, así que lo ató a la cama y se ocupaba de él. Cuando se descubrió que los infectados no se habían convertido en monstruos asesinos, siguió atado. No solo porque ella temía que nos contagié (había que verla cubierta de pies a cabeza al ocuparse de papá), sino porque de otra manera lo teníamos dando tumbos por toda la casa, llorando para que le demos más de comer. Era imposible razonar con él, no entendía nada de lo que se le explicaba, solo se limitaba a gemir señalando el refrigerador que sus débiles manos ya no podían abrir. Ni siquiera se podría decir que era la sombra de lo que había sido, ya no quedaba más que un guiñapo humano, un cuerpo lleno de llagas malolientes en donde las moscas ponían sus huevos sin piedad.

Ella trató por todos los medios de hacernos llevar una vida normal: constantemente rociaba deodorizador ambiental hasta el punto de causarnos alergia, la radio estaba siempre al máximo para disimular el llanto de hambre. Sin embargo, la realidad nos golpeaba continuamente. Nada evitaba el olor putrefacto, nada disimulaba los gritos de hambre.

Pero había que tratar de seguir viviendo, salir, trabajar y sobre todo llenar la despensa para calmar el hambre de papá. Al ir a comprar más víveres siempre nos encontrábamos con alguien abandonado por su familia, pidiéndonos a punta de gemidos algo para comer. Y el camión militar al acecho, subiendo como perros callejeros a los infectados para llevarlos a «eliminar». Los trataban realmente como animales.

O mucho peor que a ellos.

Y es que los verdaderos perros callejeros a veces se ensañaban en un pobre infectado tan descompuesto que ya no podía caminar. Muy pocos se atrevían a ayudarlos, por temor al

contagio o porque en el fondo les aliviaba que así hubiera uno menos. Eso no impedía que hasta el final el pobre infectado llorara por comida, mirando con sus ojos inexpresivos a los sádicos que se detenían a ver el espectáculo, extendiéndoles la mano, pidiendo un bocado de pan. En esos casos, el militar que botaba de una patada al perro para rociar el despojo humano con gasolina y luego prenderle fuego, parecía ser la solución más piadosa. El fuego no parecía causarle dolor al desgraciado, el gemido no subía de intensidad, se mantenía monótonamente igual hasta el último suspiro... pidiendo comida.

La situación se volvió intolerable. Ni siquiera la noticia de que uno de cada cien individuos en el mundo era completamente inmune a la enfermedad subió la moral de los sanos. Igual faltaba la comida, igual los infectados olían mal, se descomponían lentamente, sin morir y lloraban pidiendo un poco de comida.

Pronto se hicieron especies de refugios para los «sanos», en donde solo se podía entrar luego de una estricta revisión médica. De mi familia, el único en caer enfermo fue papá. Mi madre, mi hermana menor y yo éramos inmunes. Nos obligaron a dejarlo, mi madre luchó, se resistió como pudo, pero finalmente tuvo que aceptar que no había otra salida: al igual que los otros infectados, cuanto más se descomponía, más hambre tenía papá, quería comer casi todo el día y no teníamos suficiente para nosotras. Ya no trabajábamos, porque nuestra ciudad, como muchas, se encontraba prácticamente paralizada. En todos lados había más enfermos que sanos. ¿Cómo mantener una economía así?

Los refugios son lugares en donde poder sembrar plantas, criar animales y, sobre todo, dejarles el tiempo de crecer normalmente. Rodeados por un alto y grueso muro, podíamos recomponer la vida en la tierra. Solo había que esperar a que los infectados allá afuera se descompusieran por completo.

¿Esa era la gran solución?

El muro no impedía el mal olor. Alguien propuso quemarlos en masa. Eso se hizo, hasta que otro reclamó nuevamente la dignidad de esos seres que antes habían sido nuestros familiares. Se dice que en otras comunidades se sigue con las incineraciones. Lo que no evita que, al día siguiente, al otro lado del muro, pareciera que hay la misma cantidad, sino más, infectados llorando por comida.

Si uno de cada cien es inmune, ellos siguen siendo mayoría. Pasará mucho tiempo hasta que desaparezcan, supongo.

Y aquí estamos, en nuestra prisión, rodeados por un muro, a su vez rodeado por un mar de muertos en vida. A veces pienso que mejor hubiera sido como en las películas, así no tendríamos remordimientos al matarlos, así quizá ya estuviese muerta y no me preocuparía

el futuro. Y esperamos, como todos, esperamos a quemar el último infectado o a que sus cuerpos se conviertan en polvo.

Mientras tanto el muro apenas si contiene el olor y el llanto.

... Si por lo menos el llanto se silenciara.

De: *Un muerto camina entre nosotros. Cuentos peruanos sobre zombies* (2014)



ISBN: 978-612-4456-34-3

